

DESPUES DEL FUEGO

PETER KAPRA

Lopez espi

PETER KAPRA

DESPUÉS DEL FUEGO

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: - B. - 20.567 —1970

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo primero

Jacques ignoraba lo que había ocurrido en el exterior. Sólo sabía que André no fue a relevarle. La luz se había apagado mucho antes; también se había acabado el agua, aunque al abrir el grifo, para llenar un vaso de papel, un chorro de vapor enrojeció sus manos.

Atónito ante aquel hecho extraño, Jacques había cerrado rápidamente el grifo y luego se lamió instintivamente la mano. Tocó el grifo y notó que estaba caliente.

Pensó en el teléfono. En la central debían estar informados del fenómeno. ¿Por qué, en vez de agua, salía vapor por la tubería del alimentador subterráneo?

Jacques Binger había aceptado aquel trabajo, solitario y aislado, bajo el suelo de París, a más de dos mil metros de profundidad, debido a su carácter poco sociable. Le asqueaba lo que consideraba estupidez de la gente. Y permanecer en aquel lugar, enterrado en vida durante siete horas del día, le alejaba del mundo, del ruido, de la necedad humana.

Allí, en la cabina subterránea, podía meditar en absoluto silencio. Su trabajo no era mucho. Prácticamente, no tenía que hacer nada. Permanecer sentado, observar de vez en cuando los indicadores electrónicos y leer o escribir a la luz de una lámpara eléctrica.

Podía tomar café, comer un bocadillo y fumar.

¿Qué estaba haciendo allí?

Ni siquiera él mismo lo sabía. El ingeniero Rupp se lo había explicado así: «Si esta aguja sobrepasa la señal roja, pulse este botón; si el indicador de presión señala 1.500, empuje este otro botón...».

Había allí unos veinte manómetros, con sus correspondientes botones. Aquello tenía alguna relación con la planta industrial de oxígeno, en cuya nómina figuraba. Lo demás, lo ignoraba todo.

Pero tenía un teléfono que sólo había sonado tres veces en los ocho meses que él llevaba allí «trabajando».

Estaba sobre la mesa, entre los periódicos y revistas de André. Lo tomó y se lo llevó al oído. Pensó en que podían haber colocado un videófono, con el que poder ver y oír a la telefonista de la centralita, que era una muchacha muy guapa.

El teléfono no zumbó. Ni siquiera se oyó el característico timbre de llamada.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Jacques.

Y como distante y misteriosa contestación, la luz se apagó, dejándole sumido en la más densa oscuridad.

Jacques Binger tenía veintinueve años y había formado parte de las guerrillas gubernamentales de Sao Sebastiao, en Brasil, donde fue herido y posteriormente repatriado; allí conoció tantas penalidades y sufrimientos que

no podía impresionarle un apagón de luz. Sin embargo, tuvo un nefasto y vago presentimiento.

Por vez primera en los ocho meses que llevaba bajando al «pozo oxitérmico», se sintió extrañamente solo. Pero no se amilanó. Colgó el inservible teléfono, abrió un cajón de la mesa y buscó la caja donde tenía la lámpara eléctrica, cuyas pilas de germanio duraban casi indefinidamente.

Halló la caja con la linterna y la tomó. Al encenderla, lanzó un suspiro.

Lo primero que hizo fue mirar el reloj electrónico. Eran las tres de la tarde. Vio también las letras rojas que indicaban domingo, 8 de mayo del año 2211.

André se retrasaba ya dos horas. Y esto era demasiado. Por Navidad, André no fue a relevarle tampoco. Pero él avisó por teléfono y le enviaron a otro hombre, un muchacho muy moreno, llamado Henri, que sólo hizo una guardia en el «pozo». Al día siguiente, volvió André y dijo haber tomado unas copas de más.

No ocurrió nada.

Ahora era distinto. Algo estaba ocurriendo, y Jacques lo relacionó con un posible incendio en la planta industrial bajo la que se encontraba. El vapor, que salía por el grifo del agua; el teléfono cortado; la carencia de fluido eléctrico.

—¡Y los indicadores —ahora los vio perfectamente a la luz de la lámpara —situados en cero todos!

Aquello ya no le gustó y por esto se dirigió a la cabina del ascensor. La abrió y asomó la cabeza. La cabina no estaba. Subió con André y no había vuelto a bajar. Sólo se veían los cables y la escalera metálica. Pero la idea de trepar por el tubo subterráneo de dos mil metros y pico de altura, le aterró, porque el segundo ascensor, a media altura, posiblemente tampoco funcionaría. Claro que allí estaba la sala de drenaje. Alguien podría ayudarle.

Se detuvo a considerar su situación.

—Los indicadores han bajado a cero, se ha ido la luz y no funciona el teléfono. André no ha venido. Desde luego, algo ocurre afuera. Pero ¿cómo salgo de aquí? ¿Qué hago?

* * *

Julie Dubuill abrió los ojos súbitamente, deslumbrada por el fugaz destello que llegó a través del rectángulo visor de la cerrada puerta de la cámara.

El frío era ya demasiado intenso para soportarlo. Los dientes le castañeteaban brutalmente. Había aporreado la recia compuerta metálica hasta hacerse daño en las manos. Pero todo había sido inútil. Ella lo sabía.

La pesada puerta de la cámara de refrigeración no había podido cerrarse sola, como tampoco se podía abrir sin ayuda de nadie. Allí ocurría un misterio que ella jamás averiguaría.

Su padre la envió a la oficina a buscar el libro de registro. El portero le abrió la puerta y la dejó entrar. Todo el establecimiento comercial estaba

desierto, por ser domingo.

Y cuando abría la puerta del despacho, oyó un ruido en la sala de refrigeración. Allí no debía haber nadie. ¿Qué había ocurrido? Fue allí, se encontró la puerta abierta y, lo que era más desconcertante, la compuerta de la cámara de refrigeración también estaba abierta.

Se acercó sorprendida, pensando que sería mejor avisar al portero, pero antes miró dentro de la cámara.

El destino debió intervenir en aquel preciso instante, porque, en vez de retroceder, Julie avanzó, sin miedo, creyendo sorprender a alguien, quizás robando, dentro de la cámara.

Buscó la luz, la encendió y vio ante ella las enormes cajas de alimentos allí conservados. Pero no descubrió a nadie.

«—¿Quién hay aquí?» —preguntó en voz alta, sin temor, aunque un tanto preocupada.

Fue entonces cuando, a su espalda, alguien empujó la compuerta y la dejó encerrada dentro de la cámara frigorífica, donde se almacenaban cientos de toneladas de alimentos del «Supermercado Dubuill», una de las empresas de alimentación más importantes de la capital de Francia.

Julie se aterró entonces. La cámara funcionaba a baja temperatura. En poco tiempo, el frío la atenazaría. Pero pensó que Anselmo, el portero, al ver que no salía, entraría a buscarla.

Por esto se puso a golpear la puerta con los pies y las manos.

Había una mirilla, a través de la que podía ver si alguien acudía en su ayuda. Miró, tratando de descubrir quién la había encerrado allí, pero no vio a nadie.

Luego, cuando llevaba quince minutos encerrada, observó una intensa luz exterior, a consecuencia de la cual lodo quedó a oscuras, cesando, incluso, el runruneo de las máquinas frigoríficas.

Y, por último, aquel destello deslumbrador, de luz rojiza, casi cegadora, que sólo duró unos segundos.

Julie acudió otra vez a la mirilla, pero esta vez no pudo ver nada absolutamente, porque los cristales se habían cuarteado, como si el exterior hubiese recibido una pedrada.

Terminó por sentarse sobre una caja de hortalizas. Se puso a llorar desconsoladamente. Sabía que iba a morir por congelación como Anselmo no fuese a sacarla de allí.

¿La habría encerrado el propio vigilante? ¿Por qué? ¿Había tenido alguna rencilla con su padre y quería vengarse en ella? Si esto era cierto, Anselmo no pudo elegir ningún medio más sádico de venganza en la única hija de François Dubuill, porque, en pocas horas, la joven quedaría allí congelada, y hasta el día siguiente que vinieran los empleados a sacarla, pasarían muchas horas.

«—¡No puede ser! ¡Yo no puedo morir! ¡Soy muy joven! ¡No quiero morir! ¡Sácame de aquí, papá!»

Volvió a la pesada compuerta y la aporreó de nuevo. Fue entonces cuando

notó que la puerta estaba caliente, como si hubiesen aplicado un soplete por el otro lado... ¡Excesivamente caliente! Y tuvo que retirar las manos.

La luz se había ido ya hacía rato. Estaba totalmente a oscuras. Por la mirilla no entraba ya ni siquiera un débil resplandor, como si en el exterior se hubiese hecho de noche.

¿Qué había ocurrido?

* * *

Fuera del profundo «pozo oxitérmico» donde se encontraba Jacques Binger, y de la cámara de refrigeración del «Supermercado Dubuill», el mundo entero se encontró, de pronto, con una insólita subida de la temperatura.

La luz del cielo se hizo intensísima, el cielo se incendió, convirtiéndose en una inmensa antorcha amarilla y roja.

El Sol pareció aumentar un millón de veces su tamaño... ¡Y las gentes perecieron abrasadas instantáneamente!

Vehículos de todas clases, aéreos, marítimos y terrestres, parecieron contraerse caóticamente, estrellándose irnos con otros y provocando un caos a escala universal. Se incendiaron los bosques, las casas, surgió fuego de las calles... Luego, el humo lo oscureció todo.

La atmósfera también se agitó, soplando un viento abrasador que parecía arrastrar consigo millones de lenguas de fuego, y que se extendió por toda Europa a una velocidad fantástica.

Todo empezó de pronto, aquel domingo, 8 de mayo del año 2211, a las dos de la tarde.

Fue súbito, imprevisto, increíble, demoledor, apocalíptico, como ocurrió en Sodoma en los tiempos bíblicos. La profecía de San Malaquías pareció cumplirse súbitamente, sin previo aviso.

¡El mundo entero se vio envuelto en una abrasadora ola de fuego!

Después, el humo, el viento, la lluvia y los elementos desencadenados, envolvieron el planeta en una espantosa orgía de destrucción, desapareciendo la humanidad entera en medio del fuego y la muerte.

Doce mil millones de seres humanos quedaron convertidos en ceniza en el espacio de pocas horas, al pasar sobre ellos la inmensa ola de fuego producida por el cataclismo solar.

Ciudades enteras quedaron derruidas, asoladas, desiertas. Sólo los edificios más resistentes quedaron en pie, pero su aspecto cambió totalmente con el paso del fuego, no dejando más que su estructura metálica, y ésta, en muchos lugares, hasta se fundió a causa del calor.

Todo cuanto había construido el hombre en muchos siglos de historia y progreso desapareció en medio de las llamas, las cuales estuvieron rugiendo muchas horas aún, hasta que el cambio climatológico ocasionado por el propio huracán de fuego, al evaporar ingentes cantidades de agua del mar, produjo la precipitación líquida, que, en forma de diluvio, apagó los

incendios.

Ya no vivía casi nadie sobre el planeta.

En los cinco continentes, ni un millar de personas se salvaron. Pero no pereció toda la humanidad, sin excepción.

Jacques Binger y Julie Dubuill, en París, se convirtieron en los nuevos Adán y Eva, y ambos, por circunstancias puramente casuales y extraordinarias.

En otros lugares del globo, diferentes personas sobrevivieron por distintos motivos. Un submarinista americano, que exploraba una cueva, sobrevivió, pese a que la temperatura del agua alcanzó, de súbito, más de cien grados centígrados. La cueva se secó a medias y el individuo, aterrado, pudo salir del agua. Pero estuvo a punto de morir de asfixia.

Otro hombre, en Japón, también de guardia en un «pozo oxitérmico», salvó la vida como Jacques Binger, en París.

Todos ellos lograron salir, de un modo u otro, de sus providenciales refugios, y se encontraron con un mundo destruido por el fuego. Un mundo desierto, siniestro, sembrado de cadáveres sin sepultar, de restos calcinados, humeantes, destruidos por el fuego y por la muerte.

* * *

La desesperación y el hambre llevaron a Jacques a escalar los dos kilómetros de altura que le separaban de la cabina subterránea hasta la superficie, a donde llegó casi extenuado, sin energías, jadeando y lleno de angustia.

No le fue fácil salir del pozo. Tuvo que retirar pesados hierros retorcidos, derrumbar muros de cemento calcinados, hasta conseguir ver la intensa y dañina luz exterior.

Había llovido intensamente y el cielo, ceniciento y gris, cubría la intensa luz exterior. De lo contrario, con un día sin nubes, Jacques no habría podido resistir el asfixiante calor.

Y lo que vio en torno suyo le hizo exclamar:

—¡Cielos santo! ¡Ha estallado una bomba atómica!

Era espantoso, alucinante... Ruinas por todas partes. Muertos irreconocibles y carbonizados, diminutos, crispados. Se veían en las deformes calles de asfalto, metal y cemento, en las aceras, en las plazas, ante lo que había sido la iglesia, en la avenida de Roquer, de la que faltaban sus grandes rascacielos.

Jacques, sintiéndose morir, huyó de allí a la carrera. Quiso escapar de la muerte y se la encontraba a cada paso. París era un inmenso cementerio abierto.

—¡Dios Todopoderoso y Justo, hágase tu voluntad! —murmuró, contemplando los restos de un enorme autobús, lleno de pasajeros ennegrecidos.

Era imposible sustraerse a tanto horror.

Jacques estaba seguro de volverse loco de un momento a otro. Y si no ocurrió así fue debido a la acuciante necesidad de encontrar algo para comer. El estómago le exigía alimento.

Pero esto no era fácil de encontrar. En un restaurante donde había comido con frecuencia anteriormente, la ola de fuego lo había convertido todo en cenizas, el techo se había desplomado y daba náuseas acercarse allí.

Jacques continuó huyendo. No supo qué dirección tomaba. Era difícil reconocer en qué lugar de París se encontraba. Todo estaba destruido, calcinado y mojado después de la lluvia.

Tampoco podía precisar el tiempo que estuvo huyendo, sin saber dónde iba, ni lo que andaba buscando. Le parecía absolutamente imposible que él fuese el único superviviente de una megalópolis que poco antes había contado con doce millones de habitantes y que ahora estaba totalmente desierta y destruida.

—Alguien más debe vivir... No puedo haber quedado solo —se decía con frecuencia—. Tiene que haber sobrevivido alguien más, aunque sea el alguna parte... fuera de aquí... ¡No puedo haber quedado solo! ¡Esto es espantoso!

Desde luego, Jacques no estaba solo. En París había otra persona. Y en el resto del mundo sobrevivían, por diversas circunstancias, casi un millar de personas. Pero habrían de transcurrir muchos meses antes de que pudieran ponerse en contacto unas con otras.

Deambuló durante todo el día hasta quedar enteramente agotado. La lluvia cayó varias veces durante la jomada y esto le obligó a refugiarse en un sólido edificio de cemento que había quedado en pie, pero cuyas paredes amenazaban con desplomarse. Aquello había sido un banco. Encontró muchos muertos en el vestíbulo y en los distintos despachos, cuyas puertas habían desaparecido o bien sólo quedaban vestigios. El techo era sólido y le protegía del agua, gracias a los cientos de toneladas de escombros que habían caído encima.

Le extrañó hallar la puerta abierta, puesto que el cataclismo se había producido en domingo y en tal día los bancos estaban cerrados. Se dijo que, por algún motivo, aquel lugar permaneció abierto y el fuego lo había asolado juntamente con todos sus ocupantes.

Incluso llegó hasta la cámara acorazada, cuya compuerta le pareció intacta.

—Si alguien se hubiese encerrado ahí, posiblemente estaría vivo —se dijo Pero ¿quién iba a suponer lo sucedido?

También pensó Jacques en la riqueza inútil que debía tener la cámara acorazada y esto le hizo sonreír tristemente. Él ya no necesitaba nada, excepto algo con que alimentarse. Y, siendo la ciudad tan grande, en alguna parte debieron quedar conservas o alguna clase de provisiones que el fuego no hubiese destruido.

Pensó en los grandes almacenes de comestibles y recordó la cadena de comercios situados por toda la ciudad. Era preciso registrar aquellos lugares.

Algo había quedado en alguno de ellos.

Al cesar la lluvia, Jacques salió del ruinoso banco y buscó algo que se pareciese a un establecimiento de alimentación. Halló muchos, pero en todos encontró lo mismo: ¡nada que pudiera servirle! ¡Todo, absolutamente todo, había sido destruido por el fuego!

Sin embargo, en su búsqueda infructuosa, encontró algo que las llamas habían medio respetado: Un letrero de piedra que decía: «Lo que no encuentre en ninguna parte, lo hallará en el «Supermercado Dubuill».

No era más que un anuncio publicitario. El fuego casi lo había destruido, al calcinar las piedras, haciendo casi ilegible la pintura reflectante. Pero esto dio una idea a Jacques. Tal vez el anuncio tuviese razón. El «Supermercado Dubuill» era famoso en París. Allí se podía encontrar todo lo que se quisiera, desde artículos nacionales hasta los más exóticos, importados de lejanos países.

Aunque debió ser el destino quien guió los pasos de Jacques hacia el «Supermercado Dubuill», en cuya cámara central estaba encerrada una mujer, todavía viva.

Jacques no fue allí directamente, sino que primero durmió, en un refugio providencial, con cama, colchón y sábanas, algo que no esperaba encontrar, y, sin embargo, halló, en un sótano del cuartel de Ingenieros de Saint Lorenç, en Charenton.

Aquello había sido un refugio herméticamente cerrado, lo que le hizo suponer que allí habría también provisiones en conserva. Y se equivocó. Sólo halló unos extraños atuendos, parecidos a los que empleaban los astronautas. Al leer las instrucciones que descubrió en el interior, supo que se encontraba en un refugio atómico.

Capítulo II

Julie Dubuill no podía morir de hambre. En la enorme cámara frigorífica había alimentos para millones de personas. Sin embargo, comprendió que todo corría riesgo de estropearse, dado que la refrigeración se había detenido, pues en todo caso ella ya habría muerto de frío.

Y esto, evidentemente, no era cierto. Julie estaba viva, respiraba y no parecía correr ningún peligro por el momento. Pero ¿qué había sucedido en el exterior? ¿Por qué se cerró la puerta? ¿Quién lo hizo? ¿Por qué no acudió Anselmo al ver que transcurría el tiempo y ella no aparecía? Y su padre, ¿por qué no fue a buscarla?

La puerta se fundió dos días más tarde, cuando Jacques Binger, vestido con un traje antirradiactivo, hallado en Saint Lorenç, y provisto de un desintegrador «láser», atacó la sólida puerta de la cámara mejor construida de Francia.

Julie gritó. Jacques se sobresaltó y, al principio, no dio crédito a sus ojos. No esperaba encontrar allí a nadie con vida y mucho menos a una mujer hermosa, joven y atractiva.

Ella retrocedió al verlo.

Jacques dejó el desintegrador en el suelo y se quitó el casco protector.

—¡Es increíble! ¿Qué hace usted aquí?

—Y usted, ¿quién es? —replicó Julie.

—Me llamo Jacques Binger... Trabajaba en un «pozo oxitérmico», de la Sociedad General de Carburantes de Oxígeno Líquido... ¿Está usted viva o es un sueño?

—Estoy viva. Pero ya he perdido la cuenta de las horas que llevo aquí encerrada. ¿Es que ha sucedido algo?

—¿Algo? ¡Dios mío! ¡Toda la ciudad está en ruinas! ¡No hay nadie con vida en ninguna parte!

—¡Mis padres...! —empezó a decir Julie.

—No creo que hayan tenido tanta suerte como usted. No hay nadie con vida en todo París.

—¿Sólo usted y yo?

Jacques asintió con la cabeza, mientras la joven se cubría el rostro y prorrumpía en amargo llanto.

Un segundo después, el superviviente del «pozo oxitérmico» estaba devorando unas frutas que sacó de una caja, para dejarlas poco después y empezar a cortar grandes lonchas de un jamón que colgaba en una larga barra de hierro, completamente cubierta de productos de chacinería.

—Hace tres días que no pruebo bocado... Algo me trajo aquí... Estaba desmayado... ¡Cielos, aquí hay jamones para comer toda mi vida! ¿A qué se debe el que esté usted aquí?... Este edificio ha resistido porque es muy fuerte. En seguida me he dado cuenta.

Julie se acercó a Jacques y le contempló unos instantes. Su rostro estaba

desfigurado por el sufrimiento de los tres días de encierro; había llorado muchas horas seguidas.

—No sé ni el tiempo que llevo aquí... ¡Debo estar horrible!

—Mucho peor están los de afuera. Vaya preparándose cuando salga. Es algo espantoso. Yo no puedo enterrar a tanto muerto... Están las calles llenas.

—No... no... —balbuceó Julie—. ¡Tengo que ir a mi casa!

—No se lo impediré yo... La puerta está abierta. Me quedaré aquí.

Julie ya no esperó más. Dio media vuelta y se dirigió a la salida. Las oficinas estaban irreconocibles. Todo aparecía destruido, fundido, calcinado.

Se le formó un nudo en la garganta al ver la gran sala de ventas, totalmente asolada. La parte sur estaba hundida bajo un montón de escombros. El edificio contiguo se había desplomado sobre aquella sección del establecimiento.

Huyó hacia la puerta de entrada, que había sido rota por el «láser» de Jacques Binger, y, cerca de ella, vio un cuerpo carbonizado, cuyas ropas no pudo identificar. Aquella visión la hizo estremecerse, apartando rápidamente la vista, para salir al exterior por entre los barrotes doblados por el fuego y segados por el rayo «láser». Se detuvo allí, mucho más horrorizada, a la vez que echaba una mirada a su alrededor.

Era lo que el individuo del traje antirradiactivo le había dicho. La ciudad había cambiado totalmente de aspecto y los escasos edificios que continuaban en pie lo hacían por puro milagro.

¡La muerte, no obstante, estaba presente en todas partes!

Julie sintió un vahído y retrocedió, sujetándose a uno de los barrotes de acero, que antes habían sido bruñidos y ahora aparecían ennegrecidos, y sintiendo que le temblaban las piernas.

—¡No...! ¡Esto no puede ser cierto! ¡Es imposible!

Le extrañó su propia voz. Se estremeció y luego, rápidamente, volvió a entrar en el «Supermercado», para correr hacia la cámara donde había dejado a Jacques.

—¿Dónde está usted? —gritó, desde la entrada de la cámara.

—Aquí —contestó la voz de él, desde uno de los pasillos interiores—. ¡Hay muchas más provisiones de las que podemos consumir en toda la vida!

La voz orientó a Julie, quien encontró a Jacques en la sección de carnes frescas, contemplando las reses muertas y preparadas para su venta.

—Oiga, ¿cómo estaba aquí encerrada? —preguntó Jacques

Julie no respondió. Estaba mirando a Jacques con ojos desmesuradamente abiertos.

—¿No me ha oído? ¿Qué le ocurre?

—¿Qué es lo que ha sucedido afuera? —preguntó Julie, en vez de contestar.

—Lo ignoro. Han podido arrojar alguna bomba atómica y todo ha quedado destruido. No hay corriente eléctrica, ni agua, ni nadie. He encontrado una radio y he logrado ponerla en marcha, por medio de baterías.

Pero no he podido captar ni una sola emisora en todo el mundo.

—¿Quiere usted decir que... que han muerto todos y sólo estamos vivos nosotros? —En la voz de Julie Dubuill había inflexiones dramáticas.

—Eso parece. Escuche, señorita, al principio, yo me porté como usted. El miedo me dejó inmóvil. Pero ellos están muertos y nosotros vivos. No sé lo que ha sucedido, y menos lo que va a suceder. Pienso como cuando estaba en Brasil, luchando en la selva; si vivo, bien; si muero, mal. Salí de allí y todavía no lo entiendo. Todo París ha sucumbido; yo, en cambio, sigo con vida. Será porque Dios lo quiere así. No he sido ni más bueno ni más malo que los demás.

—¡Esto no puede ser! ¡Acompáñeme a casa!

—Es mejor que no vaya, se lo aconsejo. No encontrará a nadie.

—¡Tengo que ir! ¡Necesito saber lo que ha sido de los míos!

—Está bien. Yo no tengo familia. Soy soltero y mis padres vivían separados. Jamás se preocuparon por mí. Me mantuvo el gobierno hasta que me movilizaron. Según el acuerdo franco-brasileño de 2198, debíamos ayudarles a combatir a los guerrilleros. Me llevaron allí, quizá para librarse de mí, pero al cabo de un año tuvieron que repatriarme...

—¡No me cuente usted su vida, señor Binger! —gritó Julie, exasperada—. Sólo deseo que me acompañe a casa. Necesito llegar allí, sea como fuere.

—¿Dónde vive?

—En Vincennes, Avenida de Grávele.

—Bonito lugar... Sí, complacerá a mis torpes sentidos contemplar lo mejor de la burguesía francesa convertido en ruinas. Pero habremos de ir caminando. No hay ningún vehículo útil.

—Yo traje un «Volvo»...

—¡Vaya a buscarlo! —ironizó Jacques, a quien la visión de tantos alimentos almacenados en la cámara había despertado el optimismo—. Posiblemente lo encontrará en marcha y funcionando.

* * *

El biplaza de Julie estaba convertido en negra chatarra, irreconocible y aplastado, por haberle caído encima parte del techo del aparcamiento subterráneo donde Julie lo había dejado. También vieron allí centenares de cuerpos carbonizados, empequeñecidos y crispados.

Antes de ver aquello, en la calle, Julie se había agarrado al brazo de Jacques.

—¡Es espantoso!

—El fin, diría yo —musitó Jacques—. Y puede que, como usted, haya alguien con vida. Pero ¿dónde? ¡Es imposible registrar toda la ciudad! Ya he pensado en eso. Y me aterro. Encontrarla a usted ha sido un milagro. Yo tenía necesidad de hallar alimentos. Vi un anuncio del supermercado «Dubuill» y me dirigí hacia allí, armado con un desintegrador que encontré en el cuartel de Ingenieros de Saint Loren. Lo que menos imaginaba era hallarla a usted. ¿Qué

hacía allí?

Julie explicó a Jacques lo que le había ocurrido.

—¿Supone usted que alguien la encerró en la cámara deliberadamente?

—Aunque lo suponga, ya no tiene objeto pensar en ello —musitó Julie—. ¿A quién podía ir a quejarme?

—Desde luego. Todo ha terminado ya. Y, en cierto modo, me siento alegre —observó Jacques, mientras salían del aparcamiento subterráneo—. Sospecho que muy poca gente ha sobrevivido a la catástrofe... Nosotros dos y puede que alguno más. El destino nos ha dejado con vida.

—¿Solos en París? —inquirió Julie, en cuya mente no cabía tan impresionante realidad.

—Me temo que en todo el mundo. Si fuese un desastre local, ya habría venido alguien en nuestra ayuda. Habríamos visto naves aéreas, astronaves o algo. Pero nadie viene. Eso significa que todo el país está destruido... ¡Y el mundo entero ha corrido la misma suerte que nosotros!

Instintivamente, Julie se agarró al brazo de Jacques.

—Siento unas ganas terribles de llorar —murmuró.

—Hágalo.

Salieron al exterior y caminaron en silencio durante un rato. Parecían autómatas. Al ver Julie que regresaban al «Supermercado», interrogó a su acompañante con la mirada.

—¿Qué? La cámara donde la encontró es el único lugar que contiene alimentos. Es muy importante para nosotros tener algo para comer.

—¡Usted sólo piensa en la comida! —exclamó Julie.

—He pasado tres días sin probar bocado. Además, va a llover de nuevo y hemos de tener un techo. Ese supermercado es el lugar más seguro que he encontrado.

—¿Es que piensa usted quedarse aquí, rodeado de tanto cadáver?

—¿Y qué puedo hacer? Escuche, señorita Dubuill, estamos viviendo una situación completamente nueva. Nadie se ha encontrado nunca como nosotros. Y la suerte ha sido salvarse, cuando todos los demás han muerto. Esto es un privilegio extraordinario.

»No sé lo que pasó, ni lo que ocurrirá. Puede que tengamos que marcharnos de aquí, aunque sea a pie, porque dentro de poco, el aire se hará irrespirable a consecuencia de tantos cadáveres insepultos.

Es imposible darles sepultura a todos. Si hubiese más hombres con vida...

Los había, pero no en París. Los otros afortunados supervivientes estaban haciendo, en sus respectivas poblaciones, poco más o menos como Jacques y Julie. Primero, tratar de sobrevivir. Luego, ya decidirían. Y para ello, lo más práctico era buscar alimentos.

—Desde luego, ha tenido usted suerte al encontrarse conmigo, señorita Dubuill. Aunque he sido así como un paria, no me aprovecharé de la situación.

—¿Qué es lo que quiere dar a entender? —preguntó ella.

—Está claro. Somos hombre y mujer. No hay nadie más en la ciudad. Soy su más próximo pariente, aunque no lo quiera —Jacques imitó una sonrisa—. En algún tiempo pasado, su familia y la mía pudieron ser parientes. Y no quisiera perderla, al menos, para tener alguien con quien hablar.

—¿Qué está insinuando con tantos rodeos?

Jacques dejó de sonreír.

—Perdone. Pero tal vez estemos destinados a perpetuar la especie.

Julie alzó la mano para abofetear a Jacques, quien se la sujetó, mirándola fijamente a los ojos, muy seriamente.

—No he dicho ningún disparate. Pero disculpe. No quería ofenderla. Nos instalaremos en el supermercado. Procúrese un alojamiento y busque el modo de cocinar. Habrá que ingeniárselas para ser útil a la sociedad.

—¿Qué sociedad? —increpó Julie, desconcertada.

—La que formamos usted y yo.

Jacques Binger estaba adquiriendo ya la nueva conciencia del mundo destruido. Hasta entonces, su existencia había sido un continuo «dejarse llevar» por las circunstancias. Ahora, superviviente en una ciudad aniquilada, comprendía que era preciso adaptarse al medio, ir ambientándose, resolver. No podía esperar nada de nadie, y sólo confiaba en que su providencial compañera supiera adaptarse también a la soledad de los muertos.

Hasta el momento de producirse aquel desastre universal, Jacques se limitó a vivir de su trabajo, en el que no había sido un hombre extraordinario. Tampoco fue un guerrillero en Brasil, sino más bien un número, un actor de la contienda.

Pero la vida había cambiado totalmente. Era preciso aprender a pensar y a decidir por sí solo. Tenía que hacerlo bien. Sobrevivir era lo importante. Y se felicitaba de no estar solo.

—Escuche, Julie; tiene que tranquilizarse y aceptar la situación tal y como es. Los convencionalismos han desaparecido... ¡Todo ha desaparecido! No sé si encontraremos a alguien, ni debe preocupamos. Pero, por encima de todo, hemos de vivir. ¿Me entiende?

—Sí, creo que sí —musitó Julie—. Es horrible, pero lo entiendo. Estamos solos en el mundo.

—Tal vez no. Unamos nuestras fuerzas e inteligencias. Sólo así podemos salir del apuro. Hemos de pensar lo que más nos conviene hacer. Usted aguarde aquí. Yo registraré la ciudad. En alguna parte encontraré algún medio de transporte. Sospecho que todo no ha podido quedar destruido. Ha de haber refugios, como el del cuartel de Ingenieros de Saint Lorenç, el cual no he explorado convenientemente. Necesitamos de todo.

—Sí, sí... Haga lo que crea más conveniente.

* * *

En el espaciopuerto de Pontoise, Jacques encontró un «air-car», vehículo militar de reconocimiento, capaz de transportar ocho personas volando a baja

altura, que estaba en perfectas condiciones de funcionamiento. El aparato se hallaba dentro de un túnel de pruebas y por esto no resultó afectado por la ola de fuego.

El descubrimiento era excepcional, dado que los motores del «air-car» estaban accionados por pequeñas baterías de energía atómica, que tampoco habían resultado dañadas.

El manejo del aparato resultaba relativamente sencillo. En pocos minutos, Jacques aprendió el manejo del vehículo, logró sacarlo de entre los escombros del espaciopuerto y regresar con él a París.

El silbido de sus toberas llegó hasta donde se encontraba Julie, salando carne para conservarla más tiempo, y el corazón le dio un vuelco a la joven. Salió rápidamente a la calle y vio a Jacques descender del aparato volador.

—¡Oh, Jacques! ¿Dónde has encontrado eso?

—He ido hasta Pontoise en una vieja bicicleta de museo. ¿Qué te parece, amiga mía?

—¿Con qué combustible funciona?

—Pilas de energía atómica. Podemos recorrer el mundo entero sin necesidad de repostar. He tenido una gran suerte.

—¿Y qué has visto?

—Por todas partes se extiende la desolación. No hay supervivientes en todo lo que he visto. Y como parece que ya no llueve y ha cesado el calor, lo mejor que podemos hacer es emprender viaje hasta el sur en busca de lugares más sanos. Podemos llevarnos provisiones para mucho tiempo. Y si nos llegaran a faltar, volveríamos a buscar más.

—He estado pensando en que deberíamos instalarnos en alguna granja, Jacques. La agricultura nos ayudará a sobrevivir. Puede que en el campo encontremos alguna clase de animales domésticos que aún vivan y sea posible cuidarlos.

—Estoy de acuerdo. Batiremos la campiña en busca de un lugar adecuado. Esta ciudad se hace más agobiante cada vez y el aire es casi irrespirable debido a la descomposición.

Julie manifestó deseos de contemplar la ciudad desde el aire y Jacques la complació, principalmente porque deseaba efectuar un reconocimiento completo de la población, todavía no verificado y, al mismo tiempo, practicar con los mandos del «air-car».

París en ruinas, visto desde el aire, era mucho más desolador que desde cualquiera de sus calles. Efectivamente, muy pocos edificios permanecían en pie. La Torre Eiffel se había desplomado y su armazón estaba medio fundido, ofreciendo un aspecto impresionante de ruinas y de destrucción.

También se dirigieron hacia la que había sido mansión de los Dubuill y sólo vieron escombros, árboles calcinados, cascotes, hierros doblados, bloques de cemento desencajados, muerte, infierno.

—Vámonos, Jacques —suplicó Julie, sin poderse contener más—. Deseo perder de vista todo esto.

—Sí. Volvamos al supermercado a cargar todo lo que nos sea posible. Luego emprenderemos el viaje hacia el sur.

Al día siguiente, la pareja tomaba tierra en un paraje, al sur de Langon, en plena Gironde, donde descubrieron algo así como un oasis verde, que correspondía a un lugar inundado por las aguas del Garonne, poco antes de la ola de fuego. Las aguas se habían retirado o evaporado y esto hizo el milagro de salvar algunas viviendas que parecían intactas desde el aire.

Sin embargo, tuvieron que trabajar con ahínco para librarlas del barro y adecentar una de ellas, donde se instalaron. En las inmediaciones había campos sembrados, árboles frutales, que se conservaban intactos... ¡Y no sabían por qué extraño milagro, hallaron una vaca lechera viva, que pastaba en un campo de alfalfa!

La vida, extrañamente, parecía existir en aquella región.

—Aquí podremos vivir, Julie.

Capítulo III

El capitán Ricky Bate, piloto aeronaval norteamericano, que salvó la vida gracias a encontrarse de vacaciones y practicando su deporte favorito de inmersión submarina, había recorrido el continente americano en un «súper-jet» militar y encontrado a treinta y dos supervivientes, muchos de los cuales aún no se habían recuperado totalmente del desastre.

La historia de todos ellos era muy parecida. Muchos eran mineros de Edgewater, Colorado. Hombres rudos, fuertes, obstinados, antes alegres y ahora taciturnos, a los que Bates supo dirigir desde el primer momento.

El grupo se amplió pronto, gracias a los continuos reconocimientos que Bates y el capataz John Swanton realizaron por todo el país, hasta encontrar a los restantes supervivientes. Todos se instalaron en las proximidades de Fear Cape, al sur de Wimington, donde establecieron una colonia.

Eran veintiocho hombres y cuatro mujeres, lo que creó una situación extraña y bastante difícil. Pero Ricky Bates supo gobernarlos a todos con mano dura.

Cuando se produjo la primera discusión a causa de Susan Hope, una muchacha de diecinueve años, no mal parecida, Bates empuñó un desintegrador y amenazó con disparar si no se calmaban los ánimos.

Reunió luego a toda la colonia, poniendo a un lado a las cuatro mujeres, una de las cuales tenía el rostro desfigurado por las quemaduras sufridas antes de arrojarse a un lago de aguas frías, y en otro a los hombres, y les habló así:

—No quiero más discusiones. El mundo ha muerto y nosotros hemos de vivir de modo distinto a como lo hacíamos antes. Sólo tenemos a Dios en el Cielo. Con Él y por Él viviremos. Trataremos de reproducimos dignamente, como cristianos. Somos hermanos en todo y por todo, y los odios deben olvidarse.

—¿Y quién le ha dado a usted derecho a mandarnos? —preguntó un minero, llamado Troy.

—Nadie. Yo me lo he tomado. Yo os he traído aquí en mi avión. Teníamos que recuperarnos del desastre. Puede que existan aún seres vivos en alguna parte del mundo y nuestro deber es encontrarlos.

»Por esto, mi proposición es la siguiente: En vez de permanecer aquí, vigilándonos unos a otros, porque estamos más hombres que mujeres y no debemos permitir aberraciones, que sean ellas las que elijan a sus esposos, exceptuándome a mí. La obligación de los matrimonios es procrear rápidamente, a fin de perpetuamos.

»Los demás trabajaremos en nuestras instalaciones, exploraremos Europa, África, Asia y Oceanía y traeremos aquí a todos los supervivientes del mundo entero, sin tener en cuenta su raza.

—¿Y por qué hemos de vivir todos juntos? —preguntó Troy—. ¿Y si yo quiero ir a vivir a otro lugar? El mundo ya no tiene más dueño que nosotros.

—De acuerdo, Troy. Puedes irte, si lo deseas. Y quien quiera irse contigo,

también puede hacerlo. Yo, sin embargo, estimo que debemos permanecer reunidos. Así podemos ayudarnos mejor.

»Es preciso estudiar lo que ocurrió. Debió ser una explosión del Sol, o algo semejante. Hay que tomar medidas por si ocurriera otra vez. Somos seres racionales y discutiendo por una mujer no hacemos más que convertirnos en bestias.

»Nuestra existencia ha cambiado. Yo tenía mi familia, mi mujer y mis hijos. Los he perdido a todos. Vosotros también habéis perdido todo cuanto teníais. Sólo nos tenemos a nosotros. Hacedme caso y creer en lo que os digo. Sólo a cambio de vivir dignamente podemos afrontar las grandes dificultades que nos rodean.

Susan Hope consideró su deber elegir a Troy Erskine, «para no desunir el grupo», como le confesó más tarde a Ricky Bates. Y el minero se sintió halagado por haber sido elegido libremente por la mujer más joven y hermosa del grupo.

Pero esto no terminó con las rencillas. En ausencia de Bates y Swanton, quienes emprendieron viaje a Europa, cuatro mineros resultaron muertos porque las pasiones se reavivaron. Y desde entonces no se permitió salir al exterior a ninguna de las mujeres.

Un encuentro feliz fue el que tuvieron Bates y Swanton en el puerto de Lisboa, al encontrarse allí con la tripulación de un submarino británico, con ciento doce hombres en total, entre los que había un diplomático inglés, llamado George Lewis, posiblemente el único superviviente de las Islas Británicas, a quien sus compatriotas encontraron navegando en una embarcación deportiva en el Mar Cantábrico

George Lewis se hizo a la mar en Southampton después de haber escapado a la ola de fuego, por encontrarse reparando el sistema de refrigeración de su finca veraniega. A punto de morir congelado, como Julie Dubuill, por un error fortuito, el espantoso cataclismo pasó sobre él sin causarle daño.

Cuando vio que nadie había sobrevivido, se dirigió hacia la costa en un viejo automóvil de gasolina y se embarcó, llevando consigo gran cantidad de agua potable. Por fortuna, existía aún bastante variedad de fauna marina, aparte del incontable número de peces que cubrían las aguas, y que Lewis recogió y conservó en sal, para alimentarse.

El «súper-jet» de Ricky Bates y John Swanton, al sobrevolar Lisboa, descubrió las señales de la tripulación del submarino y tomó rápidamente tierra.

El comandante del submarino, capitán de fragata Reinder, abrazó a los aviadores americanos, lleno de emoción, estableciéndose entre ellos inmediatamente lazos de hermandad.

—Todos los supervivientes que hemos podido encontrar en los Estados Unidos nos hemos reunido cerca de Fear Cape, donde hemos establecido una colonia. Hay incluso cuatro mujeres. Les aconsejo a ustedes que naveguen hacia allí y se unan a nosotros.

—Desde luego que sí, capitán Bates —se apresuró a decir el diplomático George Lewis—. Precisamente, estaba pensando en redactar una constitución universal que, en principio, iba a regir a la tripulación del «Sea-Wolf». Con la colaboración de ustedes, ampliaremos nuestras posibilidades. Si existen mujeres, habrá continuidad y la raza no desaparecerá. Es preciso unirnos. Y, naturalmente, hemos de romper con todos los vínculos del pasado.

»La constitución debe ser nueva, original. Crearemos un gobierno también nuevo, democrático, con un presidente legislativo... Y será preciso instaurar una especie de poligamia.

Ricky Bates frunció el ceño y repuso:

—Lo siento, señor Lewis. Las cuatro mujeres norteamericanas ya tienen esposo.

—¡Pero eso es injusto, capitán Bates!

Aquélla fue la primera semilla del odio sembrada entre los supervivientes. George Lewis no poseía la mentalidad ecuánime y recta de Bates. Sus puntos de vista eran diferentes.

—Es de suponer que encuentre usted más supervivientes en otros lugares, capitán Bates —dijo el capitán de fragata Reinder—. Una vez estemos todos reunidos en Fear Cape, podremos decidir lo que nos conviene hacer. Desde luego, nosotros partimos inmediatamente hacia allá. El teniente Hendrix y algunos hombres de mi tripulación les pueden acompañar en el avión, por si necesitaran ayuda. Tenemos armas y si es necesario emplearlas, contra supervivientes desesperados, sabrán hacerlo.

—Acepto su ayuda, pero seré yo quien dé las órdenes.

—De acuerdo, capitán Bates.

* * *

Algunos días después, en Ciudad del Cabo, el teniente Hendrix descubrió una columna de humo entre los escombros de la en otro tiempo populosa ciudad sudafricana.

Tomaron tierra en una amplia avenida, y Bates ordenó a Hendrix que fuese con tres hombres a buscar al superviviente, autor del fuego. Media hora después, el grupo regresaba en compañía de una esbelta mujer de raza blanca, que vestía ropas de hombre. Era rubia, hermosa, joven, pues no aparentaba más de veinticinco años, y daba muestras de enorme alegría, puesto que abrazó a Ricky, besándole luego en las mejillas.

—¡Sois mis salvadores! ¡Os debo la vida!

Hendrix dijo a Bates:

—Es Brenda Gilbert, y nos ha dicho que era amiga de un poderoso industrial sudafricano. En otra época habríamos tenido problemas con ella. Ahora es una mujer importante.

—¿Qué quiere usted decir, teniente Hendrix? —preguntó ella.

—Agradezco su sinceridad, Brenda, al contarnos la clase de vida que llevaba usted en su finca. Otra mujer nos habría mentido.

—¿Por qué he de mentir? Les he dicho quién soy. La verdad. Mi protector, Andy Robbins, pagaba todos mis gastos. Ahora, gracias al maquillador Phillips y a su tratamiento de belleza glacial, estoy con vida. No puedo elegir. De estar sola entre ruinas a irme con ustedes, acepto su compañía con sumo placer. No creo que ustedes me maltraten en absoluto.

—Desde luego que no. Pero debe usted saber que apenas han quedado mujeres con vida.

Brenda se sonrojó, intuyendo lo que había detrás de las palabras de Ricky Bates.

—Lo siento, señor. Creo comprender... Y lamento decirles lo poco que puedo servirles en ese aspecto. Soy estéril. Tendrían que considerarme como a un hombre.

Hubo cierto desconcierto entre los hombres que acompañaban a Bates.

—Bueno, no se preocupe por eso. Es un ser humano y merece toda nuestra consideración. Todos podemos ser útiles en Fear Cape. Allí levantaremos la nueva ciudad, allí trabajaremos y nos adaptaremos a la existencia que nos espera. Antes, debemos apurar todas las posibilidades para encontrar supervivientes.

* * *

En Fuchow, China, quince días después, el capitán Bates y sus compañeros se vieron rodeados por una horda de seres famélicos, que, además, daban muestras visibles de estar atacados por una enfermedad que no pudieron reconocer.

Habían visto movimiento entre las ruinas de la ciudad. Tomaron tierra en un claro y, cuando se disponían a realizar la exploración, captaron el hedor nauseabundo que flotaba en el ambiente.

Poco después, mientras cambiaban impresiones acerca de lo que debían hacer, los apestados salieron de sus refugios y les atacaron con piedras y barras de hierro.

Por temor a perder el aparato, Ricky Bates ordenó hacer fuego contra los infelices. Brenda Gilbert también empuñó un desintegrador y disparó desde la compuerta. Habían comprendido que nada podían hacer por aquellos infortunados que les atacaban enloquecidos. Aquellos individuos debieron enloquecer a causa de la tragedia y enfermar después por motivos lógicos.

La muerte libró a muchos de sus sufrimientos. Los otros, asustados, se retiraron, y el «súper-jet» pudo despegar, dirigiéndose luego hacia el Japón. Luego, habrían de saber, por el doctor Ikido Yamura, que muchos chinos se habían salvado arrojándose a las heladas aguas de los ríos. Pero el número de muertos había sido tan elevado, que todo el continente era una inmensa tumba a cielo abierto, y causa de ello fue la terrible epidemia de tifus, cólera, peste bubónica, etc., que invadió el país.

Ikido Yamura había sido investigador de hibernación en la Universidad de Tokio. Las cámaras de hibernación le salvaron la vida a él y a su ayudante, la

señorita Suiki Hiwasa.

Ellos reunieron a dos centenares de supervivientes, utilizando una emisora de radio que constantemente estuvo emitiendo en onda local gracias al esfuerzo de un ingeniero de Tokio.

Lo increíblemente sorprendente era el gran número de mujeres que se habían salvado en Japón. Más de ciento cincuenta eran mujeres. Pero la dificultad estaba en que nadie quería abandonar su país.

—¿A qué se debe que hayan sobrevivido tantas personas? —quiso saber Ricky Bates, cuando visitó el campamento provisional en donde se albergaban los supervivientes nipones.

—El maremoto que precedió a la ola de fuego —explicó el doctor Yamura —. Fue la ola más gigantesca que asoló el país. El agua se calentó extraordinariamente, pereciendo abrasados casi todo el mundo. Muchas personas sobrevivieron milagrosamente. Vea que aún muestran quemaduras, de las que han sido tratadas a tiempo. Otras han muerto.

»La ola pasó y quedaron en medio del barro. Fue algo infinitamente espantoso... ¡Algo que marcará un hito en la historia de la civilización! Nosotros le llamamos ya el día del «Gran Desastre».

Después de varios días de conversaciones, el doctor Yamura permitió que se quedasen los hombres del teniente Hendrix y cincuenta mujeres jóvenes se fueran en varios aviones comerciales hacia los Estados Unidos.

Los japoneses habían reparado algunos aparatos y se preparaban para efectuar reconocimientos aéreos por todo el mundo. Habían ido ya a China y descubierto la epidemia que se extendía sobre el continente. Incluso, para evitar que los vientos de Poniente pudieran llevar hasta ellos la epidemia, intentaban una operación masiva de fuego aéreo, por medio de dispersores atómicos, que terminase definitivamente con los cuerpos insepultos.

—Sería mejor que se vinieran ustedes con nosotros y, juntos, limpiásemos aquel país —expuso Bates.

—Nosotros nacimos aquí y aquí nos quedaremos. Ya hemos hecho bastante con permitirles llevarse a esas muchachas. Espero que traten bien a mi ayudante. Suiki Hiwasa es una doctora muy inteligente.

Ikido Yamura se refería a su ayudante, la exótica Suiki, experto en hibernación y medicina glacial, cuya singular belleza había causado impresión en todos los expedicionarios, sin excluir a Ricky Bates.

Al fin, terminada la visita al Japón, el «súper-jet» americano y los dos aviones japoneses despegaron para regresar a los Estados Unidos. Ambos grupos raciales se habían prometido colaborar y mantener contacto continuamente, para informarse de la situación y su evolución.

Mientras, en Francia, Julie y Jacques continuaban solos, sin enterarse de que en el mundo existían otros seres humanos.

* * *

En pocos meses, Julie había tomado un profundo afecto por su esforzado

compañero.

Una noche, ella se tendió junto a él. Jacques estaba dormido, pero despertó y la abrazó. Se besaron y se amaron.

Al día siguiente se comportaron como auténticos esposos.

Había mucho que hacer. Él trabajaba la tierra. Había encontrado semillas, que plantó cuidadosamente. Incluso hallaron un manual de agricultura, dentro de una caja de plástico que, por ignorada razón, había escapado del desastre. Esto sirvió mucho a Jacques, porque jamás se había preocupado por la agricultura.

Julie le ayudaba tanto en la casa como en el campo, procurando pasar con él la mayor parte del tiempo, para sustraerse a la inmensa soledad que les rodeaba.

—Dios parece ser bueno con nosotros, Julie —dijo una tarde él, cuando regresaban al chalet donde vivían—. Nos ha protegido de la muerte y nos ayuda a sobrevivir. Pero creo que no hemos hecho nada por saber si existen otros supervivientes en algún lugar del mundo.

»Creo que deberíamos hacer un viaje con el «air-car», primero por Francia, y luego por España e Italia. Es demasiada presunción creer que nosotros somos los únicos supervivientes.

Julie no contestó. Se había detenido y estaba mirando con ojos muy abiertos hacia un objeto extraño, de un raro color gris, que se encontraba junto a la casa.

Jacques se volvió, la miró, captó su expresión y siguió la dirección de su sorprendida mirada.

—¿Qué es...?

El asombro no le dejó continuar hablando.

Ambos se quedaron alelados, porque el aparato gris no estaba allí cuando salieron de la casa.

Luego, vieron a los dos seres de los atuendos plateados surgir del edificio y quedarse inmóviles, observándoles.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Jacques, reaccionando antes que Julie.

—Nada teman —habló uno de ellos, utilizando un curioso aparato que llevaba sujeto a su cinturón metálico por medio de un cable, como si fuese un micrófono. Y lo sorprendente era que se expresaba en francés—. No queremos causarles ningún daño. Somos habitantes de Ur y hemos llegado en una gran nave que órbita alrededor de este planeta.

»Hemos tenido noticias del estallido del Sol y nos hemos apresurado a venir a investigar. Nuestros científicos estudian las posibilidades de extinción que tiene el astro luminoso. Nosotros hemos sido enviados a buscar supervivientes para trasladarlos a Ur. Aquí corren peligro de una nueva erupción solar de gigantesca magnitud...

—¿Y cómo es que hablan nuestra lengua? —preguntó Jacques.

—Hace años que visitamos este planeta sin dejarnos ver. Nosotros no

somos conquistadores, ni dominadores, como ustedes. Sentíamos interés científico por su raza, pero no podíamos correr riesgos, porque eran ustedes muy superiores en número a nosotros.

»Ahora es distinto. Nosotros no somos iguales físicamente. Vamos protegidos con equipos exteriores a nuestro mundo, para evitar contagios.

»Aprendimos mucho de ustedes. Sabemos que esto es Francia, o lo que queda de ella. Y nos alegramos de haberles encontrado. Vendrán con nosotros a Ur, donde estarán a salvo.

—No —contestó Julie—. Váyanse. Nosotros nos quedaremos aquí... ¡Sólo aceptamos ayuda de nuestros semejantes!

—La Tierra será inhabitable dentro de poco. El coeficiente de contaminación atmosférica es muy elevado. Existe mucha materia orgánica en descomposición. Lo hemos comprobado. Corren ustedes peligro de contraer peligrosas enfermedades si permanecen aquí. En Ur estarán a salvo. Luego, dentro de algunos años, podrán regresar, si comprendemos que la epidemia ha pasado.

—¿Hay otros supervivientes? —preguntó Jacques.

—Sí. Nuestras naves auxiliares han ido a recogerlos. Deben abandonar el planeta... ¡Y lo harán, por su bien!

Capítulo IV

La nave auxiliar de los «uros» se situó sobre la rampa magnética de la gran supernave, deslizándose sobre un carril curvo, hacia el interior de lo que parecía un túnel, que terminaba en una especie de andén, en el que había otras naves auxiliares.

—Debéis salir de aquí —dijo el único de los extraterrestres que había hablado siempre, utilizando el curioso micrófono que iba unido a su cintura.

En realidad, no se trataba de un micrófono, sino de un tubo parlante que expresaba en francés las ondas mentales del «uro», cuyo aspecto externo no habían podido ver Jacques ni Julie, por ir enteramente protegidos por su traje plateado.

La compuerta de la nave auxiliar se abrió, accionada por los mandos del piloto, y la pareja terrícola salió al andén, donde no vieron absolutamente a nadie.

—Seguid hacia aquella entrada —añadió el «uro» que salió tras ellos—. La atmósfera artificial que tenemos aquí está compuesta de oxígeno e hidrógeno y es exactamente igual a la vuestra.

Julie se volvió a mirar a los navegantes del espacio.

—¿Hay aquí otros supervivientes de la Tierra?

—Sí. Y llegarán todavía más, según me han comunicado. No tened miedo. Id hacia allá y os encontraréis con ellos.

Los dos «uros» les acompañaron hasta la entrada de una galería metálica. Pero cuando avanzaron unos pasos, detrás de ellos se corrió una compuerta, silenciosamente, y se encontraron separados de sus acompañantes, los cuales quedaron atrás.

Por vez primera, Jacques y Julie se sintieron como liberados del influjo hipnótico que parecía haberles obligado a ir con aquellos dos extraños individuos.

—¡Ya no nos dominan!—exclamó Julie.

—Pero tampoco podemos retroceder —contestó él, tentando la compuerta metálica que les había separado de sus acompañantes—. Esto es acero o algo parecido.

—Nos han dicho que debemos seguir adelante.

El pasillo era completamente cuadrado, de dos metros de altura por otros dos de ancho. Estaba iluminado por una luz blanquecina que parecía filtrarse por unas ranuras laterales, y terminaba ante una puerta en la que había algo parecido a un llamador.

Fue Jacques, quien, tras vacilar un instante, pulsó el llamador. Y en el acto se descorrió una mirilla, por la que asomó el rostro de Susan Hope.

—¡Oh, pasad!—exclamó la joven americana.

Presionó un contacto electrónico y la puerta se descorrió. En el acto, varios mineros americanos, algunos ingleses, el diplomático George Lewis y otros, les rodearon, pretendiendo todos estrechar sus manos.

Julie Dubuill y Jacques Binger hablaban inglés.

En el siglo XXIII dos lenguas predominaban en el mundo, el inglés y el ruso. Además de conocer su lengua nativa, cualquier persona medianamente culta, tenía que hablar inglés y ruso.

—¿De dónde vienen ustedes? —preguntó George Lewis.

—De Francia —contestó Jacques—. Vivíamos en París.

Había allí más de cien individuos. Julie los examinó a todos y también observó la gran sala, de casi medio kilómetro de longitud, con numerosas puertas a ambos lados y en diferentes pisos. Daba la impresión de la galería de una antigua cárcel de cuatro pisos, con pasillos y escaleras, puentes que iban de un lado a otro, ascensores abiertos, todo enteramente metálico, y con unos adornos sobre el pavimento central, que imitaba a árboles terrestres, arbustos y setos, con flores raras sobre céspedes de tierra artificial.

—¿Qué es esto? —preguntó Julie a Susan Hope.

—El alojamiento que nos han preparado los extraños habitantes de Ur. Hay más de tres mil camarotes preparados.

Eran infinitas las preguntas que tenían que hacerse. Jacques las disparaba todas casi sin dar tiempo a los otros a responderle.

—Llegaron en sus pequeñas naves a Fear Cape y nos obligaron a venir aquí. Esto es mucho mejor que estar allá abajo. Tienen razón. La atmósfera está viciada en la Tierra y han de pasar algunos años antes de que la atmósfera se haya purificado.

—Pero el peligro de una nueva explosión solar no debemos olvidarlo —añadió otro hombre—. Parecen saber muy bien lo que dicen.

—¿Cuántos hemos sobrevivido? ¿Qué es exactamente lo que ocurrió?

—No podemos precisarlo —contestó el capitán de fragata Reinder, tomando a Jacques del brazo, amistosamente—. Algún fenómeno solar... Una especie de seísmo. El fuego duró unos segundos, pero el calor lo incendió todo. Nosotros estábamos en inmersión, a gran profundidad, discurriendo por el interior de un río submarino de aguas heladas. Por eso nos salvamos. El calor, sin embargo, se hizo sofocante.

—Yo me encontraba en el interior de un «pozo oxitérmico», enteramente aislado.

—¡Igual que yo!—intervino un sujeto alto y rubio, llamado Henryk Lakvirst.

—¿Y cómo les han encontrado? —preguntó Julie.

—Es evidente que disponen de medios de localización muy especiales —respondió el diplomático George Lewis—. No hacía dos semanas que estábamos en Fear Cape, cuando llegaron ellos.

—Y no pudieron hacerlo más oportunamente —explicó Susan Hope a Julie—. Lo que estaba ocurriendo allí era espantoso. Los mineros nos atacaron y mataron a Troy a golpes. Iban a violarme todos cuando alguien avisó de la llegada del submarino. De haber estado allí el capitán Bates, nada de aquello habría ocurrido.

—¡Qué horror! —exclamó Julie.

—Éramos cuatro mujeres y veinticinco hombres. Parecían fieras... Son todos éstos que ves ahí. Pero ahora están más tranquilizados. El capitán Reinder ha prometido matar al que nos ponga la mano encima...

Susan Hope se interrumpió para mostrar a Julie el revólver desintegrador que llevaba en la funda, colgado de un cinto.

—Alma y Katty están en sus camarotes. No se atreven a salir, por temor a los hombres, aunque el capitán Reinder les ha asegurado que nada les ocurrirá... ¡Ah, perdón, se ha encendido la luz de la entrada!

Susan fue hacia la compuerta y empujó una pequeña palanca. Julie se situó a su lado y preguntó:

—¿Eres tú la que dejas entrar a los demás?

—Sí. Los «uros» me enseñaron cómo manejar estos mandos. Esta compuerta no se abre hasta que la otra no se ha cerrado. Y la exterior la manejan ellos.

—¿Quiere esto decir que estamos aquí prisioneros? —insistió Julie.

—Exactamente. No podemos salir de aquí hasta que ellos lo decidan. ¿Quién vendrá ahora?

—¡Es el capitán Bates! ¡Y vienen con él muchas mujeres japonesas!

Cuando la compuerta se abrió, para dejar entrar a los perplejos recién llegados, que formaban un número elevado, los dos grupos se mezclaron, abrazándose unos a otros con gran alegría.

Con Ricky Bates venían más de ciento cincuenta personas, y todas querían hablar al mismo tiempo.

En medio de la confusión, Jacques agarró a Julie del brazo y se la llevó aparte.

—Ya ves que no somos los únicos supervivientes. El señor Lewis ha dicho que tomemos alojamiento. Hagámoslo cuanto antes, porque si continúan llegando vamos a tener que ir a vivir al último piso.

Se alejaron del nutrido grupo de supervivientes, cruzando junto a ellos parterres artificiales, hasta llegar a uno de los camarotes, en donde había una litera, un armario, un pequeño cuarto de aseo, con agua corriente, y una singular mesa, adosada al muro, con un singular sistema de comunicación electrónico sobre un tablero con más de veinte platos distintos para la alimentación.

—Son cabinas individuales, según me ha dicho el señor Lewis. Nos corresponde una a cada uno. Quédate tú en ésta y yo ocuparé la contigua.

—¿Cuánto tiempo vamos a permanecer aquí? —preguntó Julie.

—No lo sé. Pero este pequeño refugio parece tener todas las necesidades cubiertas. Si quieres tomar un vaso de leche, presiona el botón correspondiente. ¿Me invitas a tomar un café en tu cabina?

—Con mucho gusto, Jacques —contestó ella.

Presionó el pulsador que indicaba «café» y la «bandeja de servicio» se deslizó detrás del ingenioso torno, apareciendo por el otro lado una taza de

plástico azul, que parecía cristal, conteniendo un aromático café. Sobre el platillo había también una cucharilla metálica y una cápsula de azúcar artificial.

—¡Igual que en casa! —comentó Jacques, satisfecho.

El café era de excelente calidad y parecía haber sido cosechado en Brasil.

Brenda Gilbert apareció en aquel momento en la puerta, sonriendo.

—Perdón, me llamo Brenda y soy la única superviviente de Ciudad de El Cabo... He llegado con el capitán Ricky Bates y más de un centenar de mujeres japonesas... Busco un camarote para descansar.

—Creo que está todo libre —contestó Julie—. Mi nombre es Julie Dubuill. Él es Jacques Binger. Somos franceses.

—¿Esposos?

—Sólo ante Dios —contestó Julie, sonriendo—. En Francia no quedó ni un registro civil.

—¡Oh, qué interesante! ¿Hace mucho que están aquí?

—Acabamos de llegar.

—Se ve que los «uros» están dando una batida por todo el planeta. ¿Quién lo hubiese dicho? Cuando ya estábamos dispuestos a organizamos, aparecen ellos y lo disponen todo por nosotros. No nos podemos quejar. Claro que mi mansión de Ciudad de El Cabo era mejor que esto. Pero he pasado unos meses en la más espantosa soledad. ¿Y ustedes?

—Igual... Sólo cadáveres por todas partes. Ha sido algo horrible.

Por encima de la taza de café, Jacques admiró las formas de Brenda. Inmediatamente calificó a la mujer de inquietante y peligrosa.

—El camarote contiguo lo ocuparé yo —dijo.

—Entonces yo tomaré el siguiente... Ya vienen las japonesas hacia aquí — sonrió Brenda y se retiró.

—Vamos a tener una vida social muy intensa, Julie. No sé si es conveniente para nosotros. Todos somos supervivientes. Pero no todos somos iguales.

—Me han dicho que los americanos han cometido actos terribles con las mujeres.

—Espero que estos camarotes se puedan cerrar por dentro; de lo contrario, no me sentiré muy seguro.

¡Y, desde luego, las puertas de las cabinas no tenían cerradura ni pestillo interior!

* * *

Al fondo de la galería se descorrió el mamparo, apareciendo una superficie ovalada, a modo de enorme pantalla, en donde surgió la insólita imagen de un jefe «uro», cuya fisonomía desconcertó extraordinariamente a los refugiados de la Tierra.

El individuo, del que sólo se veía la cabeza, poseía un aspecto que, sin ser horrible, sí era enteramente diferente al terrestre. Su boca era como una

estrecha ranura bulbosa; sus ojos, pequeños y lenticulares, no tenían pupilas; carecía de nariz y su frente aparecía hundida, iniciándose el pelo justamente sobre los ojos, hasta terminar en el abultado cráneo en una densa cabellera azulada.

Era la cabeza más extraña que los hombres y mujeres de la Tierra habían visto jamás; sin embargo, no ofrecía un desagradable aspecto monstruoso, sino de un ser diferente. Se sabía ya que era humanoides y de estatura similar a la terrestre, tenían dos brazos y dos piernas y su organismo era vertebrado, provisto de corazón y de pulmones.

Cuando el jefe «uro» habló, su «boca» se movió imperceptiblemente:

—Por favor, presten atención todos... Salgan de sus cabinas y escúchenme... Es importante lo que tengo que decirles.

La voz, notablemente aumentada por los amplificadores, llegó a todas las cabinas ocupadas por los refugiados, quienes salieron, sorprendidos. Otros, que estaban en la galería, se volvieron.

El «uro» se expresaba correctamente en inglés.

—Ya están aquí todos los supervivientes de la catástrofe ocurrida en su planeta. Son ustedes novecientos doce, en total. Concretamente, cuatrocientas hembras y quinientos doce varones. Habíamos esperado hallar un número mayor, por lo que la capacidad de asilo de esta nave es sobradamente suficiente. Cabían aquí, como habrán podido observar, tres mil refugiados. De haber sido necesario, habríamos utilizado otras naves gigantes.

»Lamentamos profundamente el desastre y sentimos que la raza de ustedes, tan numerosa, haya quedado reducida a un número tan pequeño. Sabemos que las colonias lunares y venusinas han sufrido la misma suerte que en la Tierra. Allí no ha habido supervivientes.

»La causa del cataclismo podemos revelarla. El Sol ha sufrido una convulsión interna, producida por un desequilibrio radiactivo. Es un fenómeno extraordinario y raro, pero que puede repetirse, y posiblemente sucederá pronto, con lo que nuevas olas de fuego asolarán el ya destruido mundo de ustedes.

»Nuestras naves de exploración y vigilancia sideral captaron el cataclismo. Nuestro Tribunal Supremo se reunió en la capital de Ur y decidió que debíamos venir una vez más, por si podíamos ser útiles en algo.

»Anteriormente, y eso lo ignoran ustedes, les habíamos visitado y estudiado de cerca, sin dejarnos ver, hasta formarnos una opinión exacta de ustedes. Como sociedad humana, son los seres inteligentes más extraños que hemos encontrado nunca.

»Su ciencia y desarrollo están en un punto inferior a las nuestras. Sin embargo, podían aprender rápidamente de nosotros y asimilar nuestras enseñanzas.

»Nosotros somos monoteístas, como ustedes. Eso nos interesó mucho, puesto que hay pocas razas que posean ese sentido religioso y de inspiración divina. La mayoría son sociedades de estructura rígida y uniforme, que se rige

por principios intuitivos y disciplinados.

»Sin embargo, ustedes, los habitantes de la Tierra, se reproducen con inquietante celeridad y son belicosos, agresivos y peligrosos. Esto fue lo que nos hizo mantenemos alejados.

»Ya verán, cuando lleguemos a Ur, que nosotros sumamos unos doce millones de habitantes, que nuestra existencia es algo más larga que la de ustedes y que tenemos costumbres más racionales.

»Somos seres sexuales y, como ustedes, tenemos mujeres, hombres y niños. Sin embargo, no hay diferencia entre varones y hembras «uros». La procreación la realizamos por medios artificiales.

»Tenemos muchas diferencias notables. En primer lugar, la alimentación es distinta; también es distinta la atmósfera que respiramos. Nosotros, en el ambiente de ustedes, hemos de movernos con equipos especiales. La atmósfera que respiran ahora es artificial, y crearemos una población en Ur, donde albergarles, con el aire que necesitan.

»No deben ustedes preocuparse de nada. Piensen que no queremos utilizarles en nuestro provecho. Hemos acudido en su ayuda por humanidad y porque, disponiendo de medios e información, nuestro Dios no nos perdonaría jamás haber dejado extinguirse una raza que, posiblemente, haya sido creada por Él. En esto, nuestros teólogos no se han puesto todavía de acuerdo y será interesante la confrontación de las ideas de ustedes con las nuestras.

»No puede existir intercambio científico ni cultural por disparidad de filosofías. No podemos correr riesgos con ustedes; por ello, no nos mezclaremos nunca. Ustedes vivirán aparte de nosotros, se regirán por sus propias leyes y harán lo que más les convenga, siempre y cuando no traten de inmiscuirse en nuestros asuntos.

»A este respecto, son ustedes simples huéspedes circunstanciales. Y llegado el día, previo reconocimiento, de poder volver a su mundo, les facilitaremos los medios para que lo hagan. Jamás sabrán dónde se encuentra Ur, a menos que en su avance científico lleguen a descubrirlo ustedes mismos, ni mantendremos relaciones.

»Nosotros no hemos luchado jamás entre sí, como ustedes han hecho. Sabemos que se han matado unos a otros, que hay gran desigualdad social y fuerte disparidad racial y política. Comprendemos también que ésos son problemas suyos y que forman parte de su propia naturaleza, a la altura evolutiva en que se encuentran.

«Si hubiesen desaparecido todos, excepto la pareja esencial para la continuidad de su raza, posiblemente habríamos procurado orientarles en mejor camino, haciéndoles olvidar su pasado y ayudándoles en el desarrollo futuro.

«Sin embargo, nuestro Tribunal Supremo, bajo cuyas directrices actuamos, ha decidido ayudarles simplemente a sobrevivir. Son ustedes los que han de aceptar las circunstancias y adoptar los medios más convenientes para regirse y gobernarse.

«Si se atacan entre sí, nada podemos hacer, excepto contemplar con pesadumbre sus rencillas, que no deseamos. Quisiéramos que fuesen ustedes huéspedes correctos durante el tiempo que estén con nosotros. Puede que dentro de algunos años, la Tierra esté en condiciones de ser de nuevo habitada o puede que pasen tantos años antes de poder volver a ella que ninguno de ustedes viva ya. Esto no lo sabemos.

«Sean, pues, dignos y respetuosos. Compórtense con humildad y compañerismo. Eso nos agradará y agradará a su Dios, porque así lo dejó escrito en sus Evangelios. Y nosotros nos sentiremos orgullosos de haberles salvado.

«No necesitarán nada para poder sobrevivir. Tienen alimentos, ropas y medios de higienes para todo el tiempo que dure el viaje. En Ur gozarán de mayor espacio. Podrán moverse más libremente y se sentirán casi como en el mundo del cual proceden. Nunca nos mezclaremos con ustedes, y no podrán llamarnos para nada, porque todo cuanto van a necesitar ha sido previsto.

«Y para terminar, amigos, les rogamos que no hagan nada que atente a la seguridad de esta nave, porque si así fuese, el Tribunal Supremo de Ur nos ha facultado para exterminarlos definitivamente.

«No olvidamos nunca que la historia de ustedes está plagada de guerras y rencillas. Esperamos que ustedes sí lo olviden.

Capítulo V

—¡Ya sabéis todo lo que nuestros benefactores esperan de nosotros! —gritó George Lewis, desde el puente del primer piso, a donde se había subido para dirigirse a todos los supervivientes—¿Y qué podemos hacer, sino reverenciar su conducta, adorarles y guardarles eterno reconocimiento?

«Ellos tienen un Dios, como nosotros. Estoy seguro que debe ser el mismo, el Sumo Creador, el Supremo Hacedor de todos los seres vivientes del Universo. Pero ellos han cumplido siempre los mandatos divinos, mientras que nosotros hemos alentado el odio y el rencor, porque la desigualdad y la injusticia fueron paralelas al desarrollo y crecimiento de los pueblos de nuestro desgraciado planeta.

«Ahora se nos brinda una oportunidad. Somos un mísero puñado de hombres y mujeres. No tenemos más que lo puesto o lo que nuestros anfitriones, altruistamente, quieran darnos.

«Pero tenemos conciencia, la cual, unida a nuestra inteligencia y corazón, nos harán ver la verdad y la razón.

«Hemos sufrido al perder a nuestros familiares y amigos. Lo hemos perdido todo. Nada tenemos. El pasado se ha ido, ha quedado atrás, lo hemos tenido que dejar detrás nuestro, por causa de la brutal acometida de la naturaleza ciega.

«Hemos de saber aprovechar la lección. Hemos de escarmentar en las enseñanzas históricas. Olvido al pasado os pido, caridad, comprensión y justicia. Éstas han de ser las normas que regirán nuestra conducta a partir de ahora. Y si llegamos a volver a nuestro mundo, llevando de la mano a nuestros hijos, será con la nueva conciencia de una raza incapaz de odiar...

Entre la gente que escuchaba la inflamada oratoria del diplomático inglés, podía verse a un minero americano, que abrazaba a una graciosa muchacha japonesa y miraba de soslayo a Brenda Gilbert, con expresión lasciva en los ojos.

Otro pensaba:

«—Ya está intentando erigirse en jefe. Eso es lo que pretende el ambicioso tipo. ¡Puaf, los hombres sólo están tranquilos cuando se mueren!

Julie, en voz baja, decía a Jacques:

—Lindo discurso para unas elecciones. ¿Qué necesidad tenemos de escucharle?

Ricky Bates y John Swanton, apoyados en el muro, cerca de sus camarotes, hablaban también, en voz baja:

—No me gusta Lewis, John. Apuesto algo, si lo tuviese, a que anhela conseguir prestigio. Es nuestra condición pretender ser siempre más que lo demás. Y allí les tienes. Todos le escuchan. ¿Qué es lo que piensan?

Swanton replicó:

—Indiscutiblemente, han de surgir diferencias entre nosotros. Somos así. Por lo que sea, no podemos controlar nuestro estado de ánimo. Eso no les

ocurre a los «uros», que son más civilizados.

«Pero si yo voy paseando y alguien me molesta, la reacción lógica es la protesta. El otro puede disculparse o no. En este último caso, puede surgir una pelea.

—Te entiendo, John. Es inevitable. George Lewis lo sabe y quiere ser nombrado juez superior. Es prestigio lo que busca. Luego, querrá imponer su autoridad. Como si lo viera.

George Lewis había hablado mucho en los corros y en los camarotes, expresando la inquietud de todos, y más cuando surgieron algunos incidentes provocados, unos por coquetería femenina, otros por exceso de hombría, otros por diferentes motivos.

Las diferencias se procuraron olvidar, pero se dejaba sentir la falta de una autoridad indiscutible. Y así lo creían muchos.

—Pero nosotros llevamos consigo el germen de la herencia —continuó diciendo George Lewis—. Hemos nacido y vivido en un ambiente distinto a éste. He aquí que pasar de un estado social a otro nos sorprende, aunque nos haya sido impuesto por circunstancias catastróficas.

«Estemos donde estemos, somos seres humanos, con defectos y virtudes. Y por eso os propongo que votemos entre todos una ley y juremos cumplirla fielmente mientras vivamos.

Ricky Bates se separó del muro y avanzó unos pasos, elevando la voz para preguntar:

—¿Qué ley quieres proponernos, diplomático Lewis? ¿Quién será el encargado de hacerle cumplir? ¿Te propones coaptar nuestra libertad? ¿O es que quieres erigirte en dignatario de la ley, ser adorado y respetado, temido u odiado, como los antiguos tiranos?

—Bien se ve que ese era tu pensamiento, capitán Bates —replicó Lewis, con acento incisivo—. ¿Es tu pensamiento el que imaginas en mí?

—Ya empieza la discordia —murmuró Jacques al oído de Julie—. Esperaba esto. Y nosotros vamos a ser testigos de la primera lucha dialéctica. Esos dos tienen alma de caciques. Cada uno posee una doctrina distinta y no cejarán hasta imponérnosla, de suerte que terminaremos siendo igual que éramos antes.

—Debemos oponernos —musitó Julie.

—¿Y crees que conseguiremos algo? En breve verás surgir los grupos y formarse los partidos de uno u otro bando... ¡Ya lo verás!

La discusión entre George Lewis y Ricky Bates se fue haciendo incisiva, terminándose por el insulto directo y personal, lo que obligó a intervenir al doctor Ikido Yamura, quien dijo:

—¡Basta, caballeros; no sigan! Escúchenme, por favor. Creo conveniente que esta discusión quede zanjada en el acto. Si lo que ustedes aseguran es cierto, deberíamos discutirlo sin alterarnos. Recuerden lo que dijo el representante de nuestros anfitriones.

«Aquí hay suficientes personas inteligentes como para formar algo así

como un junta de información. Creo también que tenemos tiempo para exponer nuestras razones y decidir lo que más nos conviene. Es justo que tengamos una ley y que todos la cumplan.

—De acuerdo —exclamó Ricky Bates—. Que se nombre una comisión y que se estudien las directrices que hemos de seguir en lo sucesivo. Es conveniente ponerse de acuerdo con honradez, antes de que la mayoría se deje embaucar por las astutas frases de oradores intrigantes.

—¡Está bien! —gritó Lewis—¡Insúltame todo lo que quieras, capitán Bates! Sabes que soy demasiado digno y respetuoso para replicarte como te mereces. Que se nombre esa comisión y discutamos.

—Propongo que sea una comisión mixta, de hombres y mujeres, compuesta por veinticinco miembros. Más sería imposible entenderse —propuso el ruso Henryk Lakvirst.

—Serían demasiados todavía —replicó alguien—. Que se elija una comisión de doce, como los antiguos jurados.

—Bien, que sean doce —otorgó el doctor Ya-mura dignamente—. Que alcen la mano todos los que deseen formar parte de la comisión parlamentaria.

Se alzaron más de ochocientas manos, lo que hizo sonreír a Jacques, cuando se dirigía a su camarote, llevando a Julie del brazo.

—Lo que suponía. Es la existencia demasiado tranquila aquí para que se prolongue demasiado. Ahora empiezan las discusiones de verdad.

* * *

En realidad, se formó una comisión, sí, pero antes fue preciso estructurar un censo, en donde se dio cabida a todos los supervivientes, entre los que había niños de pocos años.

Democráticamente, se inscribió a todos, y luego, en un sorteo estrictamente legal, se sacaron los doce hombres que presidirían la comisión.

El único nombre conocido de entre los doce elegidos fue el de Brenda Gilbert. Y como los once restantes rehusaron aceptar el cargo, se procedió a nueva elección, saliendo esta vez Jacques Binger y George Lewis.

Jacques rehusó también. Pero Ricky Bates le rogó que aceptase:

—Por favor, Jacques. Es preciso tomar conciencia social. Debes aceptar el sorteo y formar parte de la comisión parlamentaria, aunque sea para decir que prefieres seguir viviendo en la más indiferente anarquía, lo que también es un punto de vista justo.

—Yo no quiero complicarme la vida. Vosotros habéis iniciado esto. ¿Por qué ha de ser yo quien decida...?

—No has de decidir tú solo, sino entre todos los jurados.

George Lewis intervino, para decir:

—No tengo inconveniente, ya que he sido elegido para formar parte de esa comisión parlamentaria, a que se acepte al capitán Bates para el diálogo.

—Es un honor que no merezco —contestó Bates, irónico.

—Hablo en serio, capitán. Prefiero más discutir contigo que con

indiferentes como Jacques Binger. De esta discusión puede surgir el bien o el mal de la sociedad del futuro.

Jacques se sintió picado en su amor propio y replicó:

—Bien, acepto. Seré comisionado y expondré mi pensamiento. Y, si es necesario, haré presión para que, verdaderamente, nuestros descendientes disfruten una sociedad mejor que la dejada entre los escombros de la Tierra, donde yace también la historia de la cual deberíamos sentirnos avergonzados.

«Y me opondré con todas mis fuerzas si alguien pretende volver a las tácticas del pasado... ¡Me opondré y lucharé!

Algunos miraron a Jacques con expresión de sorpresa.

Se aceptó a Ricky Bates. Luego, un grupo recusó el sorteo, vista la anormalidad por la que Bates entraba a formar parte de la comisión, y propuso que fuese nombrado también el doctor Ikido Yamura.

Al final, se nombró la comisión completa y seis hombres y seis mujeres se reunieron en un extremo de la extensa galería. Entre las mujeres estaba Susan Hope, Suiki Hiwasa, Brenda Gilbert y tres jóvenes japonesas, que parecían muy contentas por su elección.

Entre los varones se encontraban George Lewis, Ricky Bates, Ikido Yamura, el capitán de fragata Reinder, Henryk Lakvirst y Jacques Binger.

En principio, los doce parlamentarios decidieron establecer el sistema de votaciones por mayorías, en lo que todos estuvieron de acuerdo. Se estableció también que, en caso de empate, ganaría la votación el grupo en el que estuviese el doctor Yamura, quien agradeció la deferencia, diciendo:

—Consciente del espíritu cívico que nos anima en estas deliberaciones, agradezco la confianza que depositan en mí, concediéndome ese privilegio mayoritario, del que sabré hacer uso adecuado en beneficio de los altos intereses de nuestra desventurada raza.

—Para nosotros es un honor confiar en usted, doctor Yamura.

—Tuteadme, hermanos míos.

Brenda Gilbert, sentada en el suelo, junto a George Lewis, susurró algo al oído de éste. El diplomático sonrió. Jacques, que observaba, comprendió el significado de aquellos gestos.

Por suerte, Ricky Bates contaba con la ayuda de Susan Hope. Y pronto se vio que el grupo se hallaba casi perfectamente dividido en tres bandos.

—Propongo que debemos establecer un sistema de gobierno parlamentario —propuso Lewis—. Formaríamos un parlamento, el cual se encargaría de nombrar al órgano ejecutivo de gobierno. Los parlamentarios crearían las leyes y el gobierno las cumpliría.

—Me opongo a ese anacronismo —objetó Ricky Bates—. Es preferible regirse por el sistema presidencial, con absolutos poderes, y período delimitado de gobierno.

—¡Muy norteamericano! —exclamó despectivamente George Lewis—. En mi conciencia de hombre nuevo, no cabe esa posibilidad.

—¡Yo propongo el matriarcado! —propuso Susan Hope.

—¡Vamos, vamos, querida! Para eso habríamos de empezar a establecer bases legales del matrimonio —replicó Brenda Gilbert.

—No creo que ninguno de los hombres que hay aquí se fijasen en ti como esposa —declaró Suiki Hiwasa en tono hiriente.

—No te envidio en nada, hija —la despreció Brenda con desdén.

—¡Será desvergonzada la muy...!

Brenda se incorporó, para abalanzarse sobre la japonesa, pero George Lewis la sujetó:

—¡Calma! ¡Vaya un principio! Si empezamos así ¿Cómo vamos a terminar?

—Es que no debíamos haber empezado. Tal vez esto convenga a alguno de vosotros —intervino Jacques —, pero yo no le veo la finalidad a menos que os fundéis en el innato deseo de mandar. Y eso en otra época, era plausible, porque el mundo se desenvolvía así. Ahora, no tiene objetivo.

—Es un déspota nato —apuntó Lewis.

—No. Soy un pobre hombre, un superviviente de un desastre mundial, y veo a mi alrededor muy poca gente aún para iniciar lo que en modo alguno necesita nadie. ¿Qué es lo que pretendemos? ¿Imponer la autoridad y la ley? ¿Para qué? No creo que la necesitemos.

—Es curioso que digas eso, amigo Binger —replicó Bates—. La ley siempre es necesaria. Yo puedo entrar esta noche en el camarote de tu hermosa Julie y pretender quitártela. ¿Qué harías tú?

—Depende, capitán Bates —dijo Jacques serenamente—. En principio, yo no soy dueño de Julie y ella es libre de elegir la compañía que más le convenga.

—¿Y si ella no acepta mi compañía y yo trato de obligarla? —insistió Ricky Bates.

—Supongo que Julie puede pedir prestada el arma a Susan y darte lo que te mereces.

—¿Y luego qué? —preguntó ahora George Lewis.

—Nada.

—¿Y si el capitán Bates muere?

—Se le entrega a los «uros» para que le incineren.

—¡Eso es volver a la ley de la selva y nosotros somos seres civilizados! —gritó Reinder—¡Me opongo terminantemente a la doctrina de Jacques Binger!

—Lo mío no es una doctrina. ¿Por qué no se opuso Reinder a la destrucción de la Tierra?

—No me fue posible.

—¡Pues a nosotros tampoco nos es posible obligar a nadie a actuar contra su voluntad! ¡Escuchad, por un acuerdo que yo no establecí, y sobre el que nadie me consultó, hube de ir a Brasil a luchar contra los guerrilleros! Vosotros no sabéis lo que fue aquello. Supongo que un grupo de diplomáticos, como George Lewis, sentados en cómodos butacones, decidieron el pacto de ayuda mutua franco-brasileño, por el cual tuve que pasar por el infierno del

Amazonas, morir allí mil veces cada día, trémulo y asustado, y de donde salí destruido moralmente. Mi resurrección ocurrió cuando la ola de fuego asoló el planeta. Entonces tuve conciencia plena de mi propia realidad.

«Al principio, creí ser el único superviviente, como os ocurrió a todos vosotros. Luego, encontré a Julie. Ya éramos dos. Podíamos perpetuamos o morir juntos. Por eso reanudamos nuestras vidas. No queríamos nada más que vivir. Nuestras únicas esperanzas estaban puestas en Dios, que decidió siempre nuestro destino.

«Pero los «uros» creyeron mejor intervenir y nos han traído aquí. No puedo decir que hayan obrado con fines egoístas. Creen, o parecen creer, que nos favorecen. Yo no lo dudo. Si es lo mejor para nosotros, bien; si no lo es, mal.

«Pero somos un puñado de hijos de madres distintas. Ni siquiera hay entre nosotros hermanos auténticos. Somos una rama diferente de todos los pueblos y razas. Pensamos todos de forma distinta. ¿Por qué hemos de unificar nuestros pensamientos, amoldarlos a una estructura prefabricada, si no ha llegado aún la necesidad de acatar, cumplir u obedecer a nada ni a nadie?

—Porque surgirá ese momento, Jacques —habló Henryk Lakvirst—. Yo sé que, antes o después, la fiera salvaje que todos llevamos dentro, asomará al exterior. Y si no nos regimos por una ley, reglamento u ordenanza, acabaremos todos a dentelladas.

—Ésa es una ley natural de selección —explicó Jacques—. Siempre vencerá el más fuerte.

—¡Voto por la ley del más fuerte! —casi gritó Brenda Gilbert, palmoteando.

—Dejad de decir disparates. Estábamos dialogando en serio —medió George Lewis.

—¿No te gustaría que gobernase el más fuerte, George? —preguntó Ricky Bates, con malicia.

—Susan Hope es la más fuerte.

—Pues que imponga ella su ley —replicó Suiki Hiwasa.

—Los «uros» me han dado esta arma para defender mi persona de bestias como Kousalik. Y si votáis esa ley, a ese minero salvaje le desintegro hoy mismo la cabeza.

—No estamos en Fear Cape, Susan —recordó Ricky Bates-—. Aquélla situación ya no existe.

—¡Pero Jean Kousalik puede desear a otras mujeres! De hecho, ya lo ha intentado.

—Es todo un hombre ese minero —dijo Brenda Gilbert con malicia.

Jacques se levantó y exclamó:

—¡Esto es lo que imaginaba, aquí hemos formado un entretenimiento para pasar el rato! Y estoy en mi derecho a elegir mis diversiones. Hagan lo que les parezca, amigos. Pero conmigo no cuenten para más tonterías. Por suerte, para vivir no necesito a ninguno de ustedes.

Dicho esto, Jacques dio media vuelta y se alejó, dejando a los parlamentarios confusos.

Julie le vio llegar y se le acercó.

—¿Discusión, Jacques?

—Era inevitable. Pretenden reconstruir un mundo ya desaparecido... Vámonos, Julie. No tenemos necesidad de convivir con ellos. No saldrá nada bueno de todo esto. Puedes estar segura.

Entraron en el camarote de Julie, quien empezó a despojarse de la ropa, mientras que miraba hacia la puerta.

—No me gusta que la luz siempre esté encendida y que no haya cerraduras.

—No te preocupes, querida —dijo él, tomándola en brazos y besándola—. Hemos de vivir así.

Ella se dejó acariciar y le abrazó también.

—Después de todo, seguimos estando solos.

La puerta se abrió en aquel momento bruscamente, a la vez que se escuchaba una risotada bestial. Jacques se volvió y vio al minero Jean Kousalik, mirándoles descaradamente.

—¿Y si cambiamos de palomita, muchacho? —preguntó el hombre que había provocado la muerte de varias mujeres y hombres en Fear Cape.

Jacques Binger sintió que una ola de ira le dominaba.

Capítulo VI

Sorprendido en su intimidad con Julie, quien se cubrió rápidamente, escudándose tras él, Jacques rugió con furia:

—¡Largo de aquí, animal!

—¡Vamos, vamos, pequeño; tienes una amiga muy bonita y no es justo que la acapares tú solo!

Jean Kousalik parecía estar ebrio. Posiblemente, había estado bebiendo vino en abundancia. Las máquinas alimenticias «uras» suministraban también bebidas alcohólicas.

Sin poderse contener más, Jacques saltó hacia delante. A consecuencia de la embestida, ambos salieron a la galería y rodaron por el pavimento. Pero el minero, furioso ahora, descargó un terrible derechazo en el rostro de Jacques, que lo lanzó contra el muro.

La gente corrió a separarles, saltando algunos hombres sobre Kousalik y otros sobre Jacques, mientras en la puerta de su camarote, Julie lanzaba gritos terribles.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó George Lewis, abriéndose paso entre la gente.

Jacques, que intentaba debatirse de los que le sujetaban, gritó:

—¡Ese inmundo sapo me ha insultado! ¡Soltadme y yo mismo lo arreglaré!

—¡Julie Dubuill pertenece a todos! —barbotó el minero.

—¡Fuera, atrás! —se oyó la voz de Susan Hope, la cual se acercó al grupo, empuñando su revólver desintegrador.

Hombres y mujeres retrocedieron precipitadamente. Susan Hope tenía un privilegio allí, concedió por los «uros», de vigilancia interior, para lo cual había sido armada, a raíz de los incidentes que tuvieron lugar en la colonia de Fear Cape.

Además, Susan se la guardaba a Kousalik, en causa de la muerte de Troy Erskine.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Me ha insultado! —gritó Julie.

—¡Cerdo infame! —mascculló Susan, encañonando a Kousalik.

Las personas que le sujetaban se apresuraron a soltarle, por temor a que Susan Hope hiciese fuego, y el minero al verse libre, se tambaleó.

—¿Qué te pasa a ti, muñeca? ¿Es que yo no puedo tener una mujer decente?

Susan perdió la cabeza y oprimió el disparador. Ei intenso fuego desintegrador hirió a Kousalik en el estómago, perforándoselo y haciéndole saltar hacia atrás, con un horrible boquete negro en el cuerpo.

Cayó de costado, revolcándose unos instantes, mientras los demás retrocedían, llenos de espanto.

Pero Susan volvió a disparar de nuevo, ciegamente, y en esta ocasión

desintegró la cabeza de Jean Kousalik. Posiblemente habría seguido disparando, hasta la total aniquilación del individuo, pero George Lewis le sujetó la mano, gritando:

—¡Basta ya! ¡Está muerto! ¡Dame esa arma!

Aturdida ahora. Susan se dejó arrebatar el desintegrador y retrocedió. Su reacción fue casi histérica. Gritó y luego echó a correr, sin preocuparse más del arma, para ir a refugiarse en su camarote.

Todos los demás supervivientes se congregaron en un amplio círculo, en torno a los restos del minero muerto.

—Era inevitable —dijo George Lewis, con voz grave—. Ese individuo era una bestia.

Jacques, pasado el arrebato de furia, comprendió que Susan Hope había hecho mal en matar a Kousalik. Se había establecido el primer precedente. Quizás fuese culpa de los «uros», que le dieron el arma para defenderse. Antes, en la Tierra, los mineros, enardecidos por Kousalik, habían intentado ultrajar a Susan.

¡Pero lo más grave era que el arma se hallaba ahora en manos de George Lewis!

—Sería conveniente devolver el arma a nuestros anfitriones —dijo Ricky Bates, que se había acercado también.

—No. La guardaré yo —contestó Lewis—. En mi poder estará segura.

—Nosotros estamos todos desarmados —replicó Bates, muy serio.

—Tal vez sea mejor así. Estoy seguro de que no volverán a ocurrir incidentes de este tipo. Jacques Binger y Kousalik no habrían discutido de saber ambos que alguien podía exigirles cuentas.

—¿Estás dispuesto, pues, a ejercer la ley de la fuerza? —preguntó Bates.

—No. Di mejor la fuerza de la ley. Y no haré uso indebido de esta arma.

—Devuélvesela a Susan.

—No la necesita. La guardaré yo.

—¡A ella se la dieron los «uros»!

—¡Pues que vengan los «uros» a quitármela! —terminó diciendo George Lewis, desafiante.

Los «uros» llegaron con una especie de vagoneta, pero no hablaron con nadie. Iban vestidos con sus equipos de vacío, cubiertos de pies a cabeza. Fueron hasta donde yacían los restos de Jean Kousalik, los depositaron en el vehículo, limpiaron el pavimento con un rociador, y se fueron, sin hablar palabra.

Nadie les dijo nada.

Pero George Lewis continuaba en posesión del arma desintegrante. Y las consecuencias de esta apropiación pronto se dejaron sentir.

* * *

Jacques y Julie estaban comiendo, sentados ambos ante la mesa de servicio, cuando se abrió la puerta y apareció George Lewis, seguido de seis

marineros del «Sea-Wolf».

—¿Qué edad tienes, Jacques? —preguntó Lewis.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Las preguntas las hago yo. He formado una milicia, de la que espero obediencia y disciplina.

—Conmigo no cuentes.

—Cuento con todos los hombres de edad comprendida entre los veinte y los veintiocho años.

—Lo siento. Yo tengo veintinueve.

George Lewis se mordió los labios.

—Tú has combatido en Brasil, dijiste.

—Sí.

—Pues te movilizo en calidad de oficial primero. Serás capitán de la milicia —dispuso George Lewis—. Yo te daré instrucciones.

—¡He dicho que no!

—¿Te niegas?

—Rotundamente.

George sonrió y luego dijo:

—El que no esté conmigo ahora, no lo estará nunca, Jacques. Debes comprender que es imposible vivir en este reducido mundo sin nadie que dicte las leyes y las haga cumplir. Lo sucedido con Jean Kousalik se repetirá. Conozco muy bien a los hombres. Nos exaltamos fácilmente por cualquier cosa, y más si sabemos que nada nos puede suceder.

—¡Abusas porque estás armado y nosotros no! —gritó Jacques—. Pero la misma fuerza que pretendes esgrimir contra nosotros, puede caer sobre ti.

—Estoy convencido de tener razón. Si dejo este arma, la empuñará Ricky Bates, y yo estaré en desventaja ante él. Prefiero que él lo esté ante mí. He nombrado una Junta de Mando o Gobierno, de la que forma parte el capitán de fragata Reinder, el teniente Hendrix y el ingeniero ruso Henryk Lakvirst. En estos momentos se están tomando medidas políticas. Pero necesito una milicia ejecutiva y me interesa alguien con experiencia militar. Estos submarinistas no han luchado nunca.

—Yo he luchado, pero no quiero volver a hacerlo —contestó Jacques—. Y no acataré ninguna de las órdenes que dictéis.

—No tienes más remedio que obedecer nuestros decretos o serás castigado... ¡La ley está en mi mano! —-Al decir esto, Georges Lewis mostró el desintegrador que llevaba al cinto.

—Pudo usted quedarse en la Tierra y mandar sobre los muertos —dijo Julie, hablando por vez primera, en tono incisivo.

—Las mujeres habrán de acatar el gobierno de los hombres —respondió Lewis—. Pero no he venido aquí a suplicar, sino a ordenar. Y si no queréis acatar nuestras órdenes, se os prohíbe salir de vuestros camarotes. Sólo tienen derecho a salir a la galería los ciudadanos que colaboren con el gobierno.

—¿Dónde está Ricky Bates? —preguntó Jacques.

—Incomunicado en su cabina.

—¡Bonito golpe de estado! —masculló Jacques—. De todas formas prefiero permanecer aquí.

—¿Es éste tu camarote?

—Es de Julie. Lo mío es suyo y lo suyo es mío.

—Esa es otra ley que vosotros os habéis hecho. El matrimonio ha de ser legal. Haremos inscripciones matrimoniales.

—¡Yo seguiré junto a Jacques con vuestra ley o sin ella! —gritó Julie.

—La milicia os prohibirá estar juntos. Es mejor que aceptes mi proposición, Jacques. Serás capitán de la milicia y podrás...

—¡No, jamás! ¡Quiero la libertad para todos!

—El hombre no ha nacido para ser libre —replicó George Lewis—. Yo tampoco lo soy. Me debo a las instrucciones de la Junta de Mando.

—¡Falso! ¡Tú harás lo que más te convenga, porque así te lo has propuesto! ¡Pero la mayoría de los que estamos aquí preferimos luchar contra ti y tus secuaces, antes que dejarnos dominar por el empleo de la fuerza!

—Atente a las consecuencias, Jacques Binger —contestó Lewis, empujando la puerta y retirándose con los marineros.

—¡Esto es intolerable! —exclamó Julie, al quedar ella y Jacques, solos—. Los «uros» deberían intervenir en esto.

—No creo que lo hagan. Nos dejan a nuestro libre albedrío... ¡Y en eso está su error! Sería preferible que nos esclavizaran a todos. Bajo la tutela despótica de George Lewis, todos habremos de acatar sus órdenes. Al principio, harán una comedia, con visos de legalidad. Luego se volverán más exigentes y al fin nos harán ir de cabeza, si se lo proponen.

—¿Y qué podemos hacer para impedirlo?

—Nada, Julie... ¡Nada o todo!

—Creo que deberíamos oponernos ahora, antes de que sea demasiado tarde. Incluso podríamos formar un partido de la oposición, o un grupo opuesto.

—Lewis está armado.

—El arma se la dieron a Susan Hope.

—Pero la tiene él. Y abusa de esa superioridad. Mucho me temo que no hay más remedio que aca...

La puerta se abrió de nuevo, bruscamente, y varios marineros irrumpieron en el umbral.

—Fuera —ordenó uno de ellos secamente, señalando a Jacques.

—¿Por qué?

—Porque nos lo han mandado —replicó el marinero.

—¿Qué locura es ésta? ¿Quién manda aquí? ¿Es que vais a dejaros gobernar, sin derecho, por ese hombre ambicioso?

—No hemos venido a discutir. Si no sales inmediatamente, te sacaremos a la fuerza.

—¡No peleéis, por favor! ¡Haz lo que te dicen! ¡Yo iré a ver al capitán

Reinder! Esto es un atropello. Si es necesario acataremos la ley... ¡Pero no tienen derecho a separamos!

Jacques vaciló. Pero los hombres de la milicia se apoderaron de él y le obligaron a salir del camarote, llevándole al suyo. En la galería, numerosos corros de personas les miraron. En muchos rostros se veía el desconcierto.

También delante del camarote de George Lewis había formado un pelotón de marineros, en actitud militar y disciplinaria. Evidentemente, dentro estaba reunido el grupo de nuevos dirigentes y no querían ser molestados.

Julie, al ver que Jacques era obligado a entrar en su camarote, se dirigió hacia donde estaban los marineros del «Sea-Wolf». También vio a otros cuatro haciendo guardia ante el camarote de Ricky Bate.

Lo que estaba ocurriendo entre los supervivientes de la Tierra era como un pequeño golpe de estado, en el que George Lewis, haciéndose dueño del desintegrador de Susan Hope, pretendió imponer su autoridad máxima.

—¡Quiero ver a George Lewis! —exclamó Julie, deteniéndose ante la guardia.

—Lo siento. Ahora está ocupado.

—¡Pues necesito verle! —añadió ella, gritando y pretendiendo pasar entre la guardia.

Fue sujetada con fuerza y obligada a retroceder. Pero en el mismo instante, se abrió la puerta y aparecieron George Lewis y el capitán de fragata Reinder.

—¿Qué sucede? —preguntó Lewis.

—¡No tienes derecho a obligar a los demás a que hagan lo que tú quieras, sólo porque tienes un arma que no te pertenece! —gritó Julie, con voz estentórea—. ¡Lo que haces es un abuso! ¡Revolveos todos contra él! ¡Hacedle disparar su arma, que nos mate, si tiene valor! ¡Es un tirano!

—¡Lleváosla a su camarote y vigiladla! ¡Encerrad a todos los que se opongan a la disciplina y a la ley! —ordenó George Lewis en tono tajante.

—¡Infame, canalla, miserable! ¡Eres un traidor, un sucio intrigante, mil veces peor que Kousalik!

—Tratamos de establecer leyes beneficiosas para todos. No podemos vivir en la anarquía —agregó el capitán Reinder.

—¿Y quiénes sois vosotros para imponer la fuerza? ¡Aquí somos todos huéspedes de los «uros»! ¡Los gobiernos de la Tierra desaparecieron! ¡No debemos dejarnos dominar por nadie!

—¿No os he dicho que la hagáis callar? —rugió Lewis.

Uno de los marineros golpeó rudamente a Julie en la cabeza. A consecuencias del golpe, la joven perdió el conocimiento.

* * *

Al recobrar el sentido, Julie se encontró con Susan Hope, Brenda Gilbert y Suiki Hiwasa rodeándola. La doctora japonesa le estaba humedeciendo las sienes con una toalla.

La primera pregunta de Julie fue:

—Y Jacques, ¿cómo está?

—No te preocupes por él; no le ocurre nada —contestó Suiki—. Se encuentra en un camarote del último piso, encerrado con otros cuantos que no quieren reconocer a la Junta de Mando, dirigida por George Lewis.

—¿Cómo lo habéis consentido?

—Nada podemos hacer. Además, Lewis está convencido de que tiene razón.

—Y, por si fuese poco, me arrebató el arma —terminó Susan Hope, lastimosamente.

—¡Debes exigirle que te la devuelva! ¡Puedes decírselo a los «uros»!

—Nuestros salvadores parecen no existir. No hay modo de comunicarse con ellos. Saben lo que está ocurriendo, pero deben tener instrucciones para no inmiscuirse en nuestros asuntos. Sólo aparecieron para llevarse los restos mortales de Kousalik.

—¿Y qué es lo que pretende Lewis? —quiso saber Julie.

—Está claro. En primer lugar, ha formado una milicia de cien hombres. Los jefes del submarino «Sea-Wolf» están con él. Ahora redactan una constitución, a cuyas directrices habremos de someternos todos.

«Claro que podemos ignorarles totalmente, pero ellos pretenden ampararse en el derecho de la razón. Dicen que vivimos anárquicamente y adoptamos costumbres licenciosas...

—¡Eso lo dicen por mí! —exclamó Brenda Gilbert, con desenfado—. Yo no puedo aceptar siempre la compañía del mismo hombre...

—Será mejor que te calles, Brenda —exigió Susan—. Puede que en la Tierra, antes del «Gran Desastre», fueses una mujer frívola, por no decir algo peor, pero, en el arca de la supervivencia, aquellos principios morales deben abandonarse.

—No eran principios —rectificó Suiki Hiwasa—, sino finales.

—¡Qué tonterías! —respondió Julie—. Todo aquello no importa ya. Aquel mundo desapareció. ¡Vivimos en otro...! ¡Y no debemos permitir que nadie nos domine a su antojo!

—¿Pretendes oponerte a George Lewis y a su guardia?

—¡Claro que sí! —respondió Julie con energía—. Es preciso arrebatar el arma a Lewis. Estoy segura de que domina a los marineros amenazándoles con el poder destructor del desintegrante. Pero hemos de quitárselo o pedir a los «uros» que nos faciliten armas.

—¿Intentas provocar una guerra? —preguntó la doctora japonesa.

—Quiero libertad, dentro de nuestro encierro. Y que cada uno viva como le parezca, sin acatar mandatos de nadie.

—Eso tampoco es conveniente. Recuerda a Kousalik —dijo Susan.

—¡Pues que se establezca una democracia popular y sin presiones de ninguna clase, que se implanten unas normas esenciales y fundamentales de convivencia!

Las palabras de Julie eran apasionadas, enérgicas, y calaron hondo en las tres mujeres.

—¡Que más quisiéramos nosotras! —exclamó Suiki—. Esto es una prolongación de nuestra vida en la Tierra. No hemos hecho nada más que cambiar de ambiente. Ahora estamos aquí, acogidas a la protección de los «uros», pero continuamos igual que antaño.

—Si nosotras no arreglamos nuestro futuro, nuestra raza terminará por autodestruirse.

—Me temo que no podemos evitarlo.

—¡Pues yo estoy dispuesta a luchar y a morir, si es necesario! —gritó Julie—. ¡Creo justo hacerlo y debéis secundarme...! ¡Reunámonos todas y vayamos contra George Lewis! ¡Si podemos desarmarlo y destruimos el arma, habremos ganado la contienda!

—Pero caeremos bajo la despótica tiranía de los hombres se lamentó Susan Hope—. Lo mejor es romper con ellos y vivir separados. No nos pueden obligar a convivir con ellos.

—¿No? —se burló Brenda—. Ya lo veréis.

Capítulo VII

John Swanton abrió la puerta y gritó:

—¡Sois todos unos cobardes! ¡Ahora estáis con Lewis, porque le teméis; él está armado y vosotros no! ¡Pero lo mismo que nos ha hecho encerrar a nosotros lo hará con cualquiera de vosotros! ¡Es un tirano, un miserable cacique!

—Es mejor que te calles, Swanton —replicó un suboficial en tono cortante.

—¡Hazme callar, esbirro!

Esta escena tenía lugar en el cuarto piso de la galería, a unos doce metros de altura. La gente que se encontraba abajo levantó la cabeza. Los miembros de la Junta de Gobierno también salieron del camarote de Lewis, al escuchar los gritos.

Y todos pudieron ver la pelea que se entabló entre los marineros de la milicia y el furioso John Swanton, quien peleaba a brazo partido contra todos.

Desde abajo, George Lewis gritó:

—¡Dominadle, pronto! ¡En seguida estaré con vosotros!

Pero la contienda, iniciada a golpes, tuvo un trágico desenlace, cuando John Swanton se desasió de las manos que le sujetaban, pegando a derecha e izquierda, y saltó por encima de la barandilla.

El grito general de todos los testigos invadió, la enorme galería.

Y el infortunado Swanton se estrelló contra el pavimento metálico, donde quedó moribundo.

Casi al mismo tiempo, la compuerta de acceso a la galería se abrió y aparecieron una docena de «uros», ataviados con trajes plateados, empuñando armas, de las que surgieron invisibles rayos paralizantes.

Como multitud segada por descargas homicidas, los terrícolas se crisparon, alcanzados por los invisibles rayos, y cayeron sobre el pavimento.

Al mismo tiempo, dos de ellos fueron a donde había caído Swanton, lo recogieron y se lo llevaron, mientras otro se acercaba a donde estaba Lewis, sin sentido, y le arrebataba el arma desintegradora.

Hecho esto, los «uros» se retiraron.

Los terrícolas no habían sido muertos, sino insensibilizados brevemente. La acción de los «uros» estaba justificada ante la violencia desatada entre los terrestres.

Pero no todos habían quedado inertes.

Ricky Bates, que se encontraba encerrado en un camarote del piso alto, y había presenciado la rápida acción de los «uros», se apoyó en la barandilla y gritó:

—¡Gracias, benefactores nuestros! Ya era hora de que os dieseis cuenta del error que habéis cometido, dejando un arma en nuestro poder... Y vosotros, hermanos de raza, aprended la lección que nos han dado los que saben y pueden más que nosotros.

»Deberíamos tomar ejemplo de ellos e imitarles en sus costumbres. Nosotros podemos regirnos como ellos lo hacen y acatar las órdenes de su Tribunal Supremo.

Abajo, los insensibilizados empezaban a recuperarse. Las voces de Ricky Bates atrajeron su atención.

—¡Dices bien, capitán Bates! —gritó alguien—. Debemos castigar a George Lewis, por ambicioso.

—No lo toquéis. No sería justo. Que no haya venganzas —replicó Bates —. Hemos aprendido la lección. En vez de discutir entre nosotros debemos permanecer unidos, sin rencores. Debemos agradecer a Dios el habernos dejado la vida, que es el más preciado don del hombre, y luchar juntos para ser mejores de lo que éramos.

George Lewis, que se había incorporado y comprobado la ausencia de su arma, abatió la cabeza y se dirigió a su camarote, siendo el foco de las miradas despectivas de todos.

Jacques Binger, por su parte, había salido de su encierro y descendido a la planta baja. Su encuentro con Julie y el abrazo que se dieron ante todos expresó públicamente la calidad moral de sus mutuos sentimientos.

—Julie, perdónales —dijo Jacques—. Son hombres.

* * *

John Swanton no murió. Regresó horas más tarde, como si nada hubiese ocurrido. Sonó el llamador de la compuerta de entrada, y Susan Hope, sorprendida, fue a dejarle entrar.

—¡Oh, John! ¿Cómo estás? —-preguntó Susan, emocionada.

—Bien, Susan —contestó Swanton—, Los «uros» me han curado en su laboratorio biológico. He hablado con Talkwe, el jefe de esta nave.

—¿Sí? ¿Y qué te ha dicho?

—Eso os lo debo comunicar a todos —contestó Swanton.

Casi todos los terrestres habían salido de sus camarotes. Ahora, un compacto grupo rodeó a Swanton, apretujándose en un amplio círculo.

—Oídme. Los «uros» no nos guardan rencor por lo sucedido. Ellos no saben odiar. Pero el informe de nuestros actos ha sido enviado a Ur y su Tribunal Supremo ha decidido no darnos hospitalidad en su mundo.

—¿Qué dices? —preguntó Ricky Bates—. ¿Qué piensan hacer con nosotros? ¿Devolvemos a la Tierra, para que perezcamos abrasados?

—No —contestó Swanton—. Talkwe me ha dicho que existen muchos mundos poblados, de condiciones ambientales semejantes al nuestro. Y obedeciendo órdenes de sus superiores, van a llevamos a uno de esos mundos y a dejarnos allí.

»También piensan indicarnos cómo debemos regirnos, pero sin obligarnos a aceptar sus indicaciones.

—¿Cómo se gobiernan ellos? —preguntó el doctor Ikido Yamura.

Antes de responder, John Swanton paseó la mirada en torno suyo,

captando el interés de todos los reunidos. Luego, con voz clara, dijo:

—Los «uros» están muy civilizados. Nuestros problemas, dice Talkwe, son cuestión de cultura. Afirma que la ley natural es la que mejor nos indica el camino a seguir. Debemos nombrar un jefe, que sea el más honrado y justo. Su ejemplo ha de servimos de guía y pauta. El jefe existe en todos los órdenes de la naturaleza y posee inspiración divina.

»Así se rigen ellos desde hace miles de siglos y no tienen problemas. Es el jefe también quien nombra el Tribunal Supremo de la Ley, cuyas sentencias están inspiradas por el propio jefe, quien, al sentirse viejo o impotente, delega en su Tribunal Supremo para que elija otro jefe.

»Ellos acatan sumisamente el poder de ambos, puesto que todos saben que no existe maldad en sus intenciones. Eso es lo que me han dicho y eso es lo que os comunico.

»De todas formas, ya no quieren ayudarnos. Nos van a dejar a nuestra suerte, en un mundo nuevo, para que allí nos hagamos merecedores de su amistad, con el transcurso de los años... ¡si es que no nos exterminamos nosotros antes!

Al concluir John Swanton sus palabras, la mayor parte de los supervivientes terrícolas bajaron la cabeza, avergonzados. Muchos miraron a George Lewis. Y hubo quien le dijo:

—Aprende, diplomático. La honestidad ante todo.

—Mis intenciones eran buenas.

—¡Sí, a punta de pistola! —acusó otro.

Fue Jacques Binger quien alzó los brazos, y dijo:

—Dejadle. Ha recibido su lección. Todos la hemos recibido. Yo me burlé de la ley y he pagado mi culpa. Me pareció que, siendo feliz con Julie, todos los demás también podían serlo. Y cuando se eligió la comisión para deliberar lo que debíamos hacer, fui el primero en no estar de acuerdo en nada.

»No soy déspota ni anárquico. He oído a John Swanton y sé que los «uros» tienen razón y perfecto derecho a estar enojados con nosotros. Nos hemos portado todos inicuamente.

»Propongo que seamos honestos y elijamos un jefe. Debemos tratarnos todos como hermanos, ser sinceros y comprensivos. Sólo así podremos continuar viviendo. Si no estamos dispuestos a serlo, que nos devuelvan a nuestro mundo, donde hemos nacido, y afrontemos allí lo que deba sobrevenimos. Allí deberíamos terminar, porque no somos dignos de vivir en ninguna parte.

Terminando de decir estas profundas palabras, Jacques tomó a Julie del brazo y se abrió paso entre los reunidos, para dirigirse hacia su camarote.

Julie le miraba embelesada, sin despegar los labios. Mucha gente también le vio marchar y en la conciencia de cada uno se formó la clara y consciente idea de que Jacques había dicho la verdad.

Antes de entrar en el camarote, el semblante de Julie se contrajo en una mueca de dolor. Sus dedos se aferraron al brazo de Jacques, a la vez que

musitaba:

—¡Hay, Dios mío!

—¿Qué te ocurre?

Ella se rehízo casi inmediatamente, para añadir:

—No lo sé... Ha sido un desvanecimiento... Algo extraño.

Jacques la sostuvo y la ayudó a entrar en el camarote. Allí, la tendió sobre la litera, y luego salió rápidamente.

—¡Doctora Hiwasa, ven acá, por favor! ¡Julie no se encuentra bien! —llamó.

No sólo acudió la doctora japonesa, sino que Ikido Yamura llegó con ella, seguidos de otros amigos, que deseaban saber lo ocurrido. El hibenidogo japonés, sin embargo hizo retroceder a todos, incluso a Jacques, se quedó con su ayudante. Entre ambos reconocieron a Julia durante diez minutos.

Al cabo de este tiempo, Ikido Yamura salió y dijo a Jacques:

—O mucho me equivoco, o Julie va a ser madre.

* * *

La grata noticia fue acogida con gran júbilo entre todos los supervivientes terrestres. Jacques fue muy felicitado. Todos sabían que amaba profundamente a Julie y ésta le correspondía.

Fue, precisamente, a raíz de esta noticia cuando muchos sintieron especial afecto por Jacques, creyendo ver en él al hombre que necesitaban para guiarles en el incierto destino que se avecinaba, si los «uros» no cambiaban de pensamiento.

Y alguien lo expresó en voz alta:

—Jacques Binger es el hombre que necesitamos. Lo suficiente joven para dirigir nuestra comunidad, y con la experiencia necesaria para tomar justas decisiones.

—¿Jacques Binger? —inquirió Ricky Bates, a quien la idea no pareció del todo descabellada.

George Lewis no osó siquiera oponerse. Se había encerrado en su camarote y allí permanecía, ensimismado en sus pensamientos de fracaso, como si el remordimiento se hubiese apoderado de él. Pero cuando fue consultado por el capitán de fragata Reinder, replicó:

—No importa quien sea el jefe. Que noblemente decida la mayoría.

El doctor Ikido Yamura sostuvo una conversación con un grupo de hombres y, después de breve discusión, se acordó proponer a Jacques la suprema magistratura de los novecientos doce terrestres que iban en la nave «ura».

Una comisión, compuesta por cinco hombres, entró en el camarote donde estaba Jacques, sentado junto a Julie. El jefe del grupo era John Swanton.

—¿Cómo te encuentras, Julie? —fue lo primero que preguntó John.

—Bien... ¡Oh, soy muy feliz!

—Te felicitamos, Julie —habló otro hombre—. Nadie esperaba que

después del «Gran Desastre» pudiera nacer un bebé. Esperamos que todo vaya bien. Debes cuidarte.

—Haced lo posible por no pelear entre vosotros y seré feliz.

—De eso queremos hablar con Jacques —dijo Swanton—. Hemos hecho una consulta entre todos y hemos decidido nombrarte jefe de la comunidad.

—¿A mí? —se sorprendió Jacques—. ¿Por qué yo? ¿No quiere mandar George Lewis?

—No le queremos como jefe. Hemos decidido que seas tú. Eres más joven que él, y puedes dirigirnos más tiempo. También tienes experiencia, por haber estado en las guerrillas de Sao Sebastiao. Se considera que eres un héroe.

—¿Héroe yo? Nadie reconoció eso cuando regresé a Francia, hace dos años. Nos trataron como si fuésemos apestados.

—La injusticia fue purificada por el fuego, Jacques. Además, seguimos las indicaciones de los «uros». Nos han sugerido que nombremos un jefe. Y te hemos nombrado a ti por mayoría.

—¿Y Ricky Bates? Él fue capitán...

—Ha demostrado avidez por el mando, como George Lewis. La mayoría sólo te obedeceremos a ti. Y no puedes negarte, si es que deseas ayudarte y ayudarnos.

—No puedo aceptar. Lo siento —denegó Jacques—. No sé dirigir hombres. Prefiero más obedecer, aunque yo hubiese querido otra cosa.

—Acepta, Jacques —intervino Julie—. Tú puedes hacer mucho por nosotros. Eres justo, bueno, honrado, digno, desinteresado...

—Todos te rogamos que aceptes, Jacques Binger. Tú deberás elegir a los miembros del Tribunal Supremo. Pero tu designación estará por encima de todo... ¡Piensa en que puedes hacer una comunidad mejor para nuestros hijos!

—¡No vamos a desaparecer, sino que empezamos una nueva existencia! ¡Acepta, Jacques!

Ante tantas súplicas, el elegido no pudo por menos que responder:

—Está bien. Si así lo habéis decidido todos, no tengo más remedio que acceder. Tampoco deseo contrariar a Julie. Hemos de complacerla en todo... Acepto, amigos míos. Procuraré actuar con justicia y razón y sembrar siempre la paz entre nosotros.

Los cinco emisarios abrazaron emocionados a Jacques, y luego le sacaron al exterior, donde todos los supervivientes le ovacionaron calurosamente durante largo rato.

Al fin, cuando se acallaron los aplausos, alguien pidió:

—Háblanos, Binger... Todos escucharemos tus decisiones.

—Sí, hermanos. Os diré algo... Mejor dicho, os lo voy a pedir. ¡Poneos todos de rodillas, llevad la mano derecha al corazón, y pensando en Dios, que ha permitido estemos vivos aquí, repetir las palabras que voy a pronunciar!

Todos, sin excepción, cayeron de rodillas al suelo y se llevaron las manos al pecho. Al verlos a todos así, mujeres y hombres, Jacques dijo, también con la mano en el corazón y alta la cabeza:

—Amaremos a Dios por encima de todo y no tomaremos su nombre en vano.

Novecientas voces repitieron las sagradas palabras, en boca de Jacques, quien continuó:

—Santificaremos el día del Señor y honraremos a nuestros padres.

Todos los presentes, incluyendo a George Lewis, que estaba arrodillado entre sus semejantes, repitieron las divinas órdenes.

—No mataremos ni cometeremos actos deshonestos.

—¡No mataremos ni cometeremos actos deshonestos! —repitieron todos, conmovidos por la lección que estaban recibiendo.

—No robaremos, no diremos falsos testimonios ni mentiremos. Tampoco tendremos malos pensamientos ni codiciaremos los bienes ajenos.

Repetido esto, Jacques Binger terminó:

—Sí así lo hacéis, amando a Dios por encima de todo y a los demás como a vosotros mismos, que Él os lo premie y si no, que os lo demande. Yo acepto la responsabilidad de guiaros por el camino que Dios mejor me dé a entender, y si me equivoco no será por soberbia, sino por humildad.

»Ahora, disculpadme, debo retirarme a reflexionar profundamente, porque entiendo que es pesada la carga que he aceptado. Luego os comunicaré lo que debemos hacer en adelante, aunque os aseguro que seré justo e inflexible.

Mientras Jacques se retiraba a su camarote, todos se pusieron en pie, visiblemente emocionados por el juramento, inspirado en la sagrada Biblia, que habían hecho.

Y Julie, que siguió a Jacques a su alojamiento, le abrazó, emocionada, diciendo, llena de entusiasmo:

—¡Has estado maravilloso, Jacques, recordándoles los mandamientos de la Ley de Dios!

—No les he recordado nada. Ya los sabían. Les he hecho repetir el mandato divino. Es el único camino recto que tenemos para seguir. Estoy seguro de que lo cumplirán. Ahora, por favor, querida, déjame solo. Necesito reflexionar muy detenidamente.

—Sí, esposo mío. Todos confiamos en ti.

* * *

Ya no volvieron a ocurrir incidentes. Pero los «uros» cumplieron la palabra dada a John Swanton y, algunos meses después, en grupos de veinte, los terrestres fueron conducidos a las naves auxiliares de los «uros», donde, sin darles explicaciones, embarcaron con destino a un planeta montañoso en ciertos lugares y llano, verde y oceánico en otros.

Desde la nave que le transportaba, Jacques contempló la geografía del nuevo mundo al que se dirigían. Al oído de Julie, musitó:

—¿No crees que se parece bastante a la Tierra?

Sobrevolaron un dilatado mar, de coloración azul verdoso, hasta ir a tomar tierra junto a una extensa playa de fina arena amarillenta.

Las otras naves auxiliares llegaron también, descendieron los pasajeros y luego, silenciosamente, se remontaron de nuevo en el cielo, para regresar a la nave principal.

Nadie habló en los primeros momentos. Todos pisaban la arena, miraban al mar, a las olas de blanca espuma que rompían suavemente en la orilla. Todos parecían esperar algo.

Y lo que esperaban, ocurrió al cabo de media hora, cuando llegó una nave auxiliar «ura», se posó en la misma orilla del mar, y de ella descendió un individuo cubierto con una escafandra plateada.

Aquel «uro» se llamaba Talkwe, era el jefe de la supernave que había alojado a los terrestres y su propósito era despedirse de ellos. Por esto dijo, a través de su altoparlante:

—Cumplo órdenes del Tribunal Supremo de Ur. Os he traído a un mundo semejante al vuestro. Nada os damos, ni nada os quitamos. Vuestro es todo lo que os rodea, no de uno, sino de todos. Aquí debéis iniciar vuestra existencia, aquí debéis trabajar, aquí nacer y aquí morir.

»De todo cuanto hagáis, sólo vosotros seréis responsables. Y aquí, como en la Tierra, seréis felices o desdichados, según vosotros mismos lo decidáis.

Capítulo VIII

Se hallaba reunido el Consejo de Tierra Nueva en torno al tocón de un árbol —el primero talado por los emigrantes —y les daba sombra la copa de otro, de aspecto parecido a un nogal.

Jacques Binger se encontraba entre sus consejeros y éstos eran veinticuatro: doce hombres y doce mujeres.

George Lewis había propuesto, poco antes:

«—En primer lugar, deberíamos alzar el templo, en señal de suma obediencia al Supremo. Luego, deberíamos construir la mansión del jefe Binger.

Pero la respuesta de Jacques fue:

—No. A Dios le podemos honrar al aire libre. No le ofendemos con eso. Así podemos admirar mejor su obra. Hay cosas más urgentes que hacer. Aquí llueve y debemos cubrimos. Aquí hace frío y necesitamos abrigo. Aquí sólo existen frutos silvestres y necesitamos alimentos adecuados.

»En cuanto a mi mansión, será la última.

—Pero tu esposa está en estado de esperanza y necesita cuidados —observó Ikido Yamura.

—Los mismos que cualquier otra mujer. No, amigos míos. Ése no es el camino —dijo Jacques, mirando lentamente a su alrededor, a los rostros de los hombres y mujeres que se sentaban en tierra, en torno a él—. Lo primero que hemos de hacer es señalar nuestra ciudad, marcar la tierra que pertenece a cada uno, pero que no es propiedad de nadie.

»Hemos de señalar las viviendas con equidad. Todas serán iguales. Tendrán suficiente espacio para poder albergar una familia numerosa, porque es preciso tener muchos hijos y que nuestra colonia se haga grande.

»Nuestra visión del futuro ha de ser amplia. Hemos de pensar y actuar para el mañana, para los siglos venideros, para siempre. Y nuestra civilización será mejor que la destruida por el fuego.

»Por lo tanto, amigos míos, empezaremos por crear los cimientos de la ciudad. Mil metros cuadrados para cada matrimonio. La mitad, por tanto, para cada individuo. Cuando dos personas se unan para vivir en común, unirán sus tierras igualmente. Nadie puede tener más que otro.

»Estableceremos un trabajo comunitario. Trabajaremos sin prisa, pero sin pausa; y trabajaremos todos, empezando por mí y terminando por el último de vosotros, aunque jamás sabremos quién es el último o el primero.

»Tú, Lakvirst, serás el encargado de la urbanización de Godtown. Ya sabes lo que quiero. Mide el terreno, a lo largo del mar, márcalo y asigna a cada uno, sin preferencias, lo que ha de ser su morada.

»Tú, Ricky Bates, organizarás la administración de todo cuanto vayamos reuniendo.

»Tú, Angus Reinder, te encargarás de lo relacionado con la mar. Necesitamos pesca.

»Swanton se ocupará de la agricultura, y el doctor Yamura será el jefe de la sanidad.

»El teniente Hendrix cuidará de la arquitectura. Es preciso que todos trabajemos con firmeza. No pido que nadie se agote en el trabajo, sino que tomemos conciencia del deber y nos impongamos la obligación de hacerlo.

»Hay que explorar también este planeta, mucho más allá de las montañas. Necesitamos minerales, hornos de fusión, herramientas, materiales. De todo eso se encargará el oficial de máquinas Lester, con su equipo técnico.

—¿Y qué vamos a hacer nosotras? —preguntó Suiki Hiwasa.

—No queremos ser menos que vosotros —añadió Brenda Gilbert.

—No debéis serlo, desde luego. Pero vuestras posibilidades están más limitadas que las nuestras. Os he asignado una labor menos penosa. En vuestras manos confiaré toda aquella labor que llamaremos de utilidad doméstica, en donde entra desde el cultivo de la tierra hasta la confección de tejidos. Nosotros construiremos las máquinas, aunque sean de madera. Vosotras las atenderéis.

»Pero lo que empiece rudimentario, sin recursos, habrá de ser transformado en cuanto lo permitan las circunstancias, porque nuestro progreso ha de ser rápido.

»Necesitamos hallar en Tierra Nueva todo lo que teníamos en la otra Tierra. Aquí existen minerales, que debemos fundir y moldear. Aquí hay agua, oxígeno, nitrógeno, hidrógeno. Nuestra misión es conquistar este planeta y aplicar todo cuanto sabemos y hemos aprendido en el otro.

»No somos muchos y la labor será dura. Pero cuando terminemos, nuestros hijos nos relevarán. Empezamos ahora, pero sólo Dios sabe cuándo terminaremos.

El ardor de las palabras de Jacques Binger se iba transmitiendo a sus compañeros a medida que hablaba, y pronto estuvieron todos contagiados de él.

—¡Todos unidos lo conseguiremos!

—¡Viva nuestro Jefe Espiritual!

* * *

El trabajo empezó inmediatamente. Primero se organizaron los grupos que debían atender una misión u otra. Y, sin pérdida de tiempo, como habían hecho los primeros carpinteros, talando los árboles y desbastando la madera, pronto se empezaron a ver los postes que señalaban la configuración de la futura ciudad de Dios.

Lakvirst y su equipo señalaron perfectamente el terreno, asignando a cada matrimonio su parcela de mil metros cuadrados, dejándose espacios intermedios que el tiempo se cuidaría de convertir en amplios jardines.

El terreno era inmenso y se eligió la orilla del mar en una extensión de muchos kilómetros. Por fortuna, toda aquella franja permitía construir una población para varios millones de habitantes.

Se hicieron las primeras toscas herramientas, de madera y piedra, hasta que el equipo del oficial de máquinas del «Sea-Wolf» regresó de las montañas, casi extenuados, con un cargamento de mineral de hierro.

Tenían agua en abundancia. Varios ríos de agua dulce y pura descendían de las montañas. Pescaron en ellos, y hasta en sus riberas cazaron unos animales, parecidos a pequeños ciervos, cuya carne resultó muy sabrosa.

Los edificios, que en principio iban a ser de madera, pudieron ser construidos de obras al encontrar tierras calcáreas, con las que pudieron fabricar cemento, y algo parecido al yeso.

Todo fue experimentado, probado y adoptado, rechazándose lo que no convenía para los planes señalados por Jacques, quien se movía por todas partes, trabajando, alentando y colaborando en el enriquecimiento de la colonia.

Durante los primeros meses, todo marchó perfectamente. El almacén de provisiones iba en aumento. Secaron el pescado y la carne de ciervo. Se sembró el primer trigo silvestre y se roturaron tierras para cultivo. Los jefes de los diferentes equipos competían entre sí para dar mayor fruto y rendimiento.

Y, por fin, se obtuvo el primer acero fundido, con el que se procedió inmediatamente a forjar herramientas para el trabajo, obteniéndose un notable avance.

La industria siderometalúrgica había sido situada a gran distancia de la ciudad, cerca de las montañas, en donde estaba la fuente del material.

El equipo de Lester tenía especial interés en resolver los problemas que tenían planteados, todos de orden técnico, y para ello crearon un increíble taller, donde las herramientas pronto empezaron a ser perfectas.

Una simple hormigonera, accionada a mano, aceleró la construcción de las viviendas en Godtown. Se trazaron caminos y se pavimentaron poco después.

Un día, Julie fue a refugiarse a la única vivienda que ya tenía techo, y que ocupaban Susan Hope y Ricky Bates, donde tuvo su primer hijo. Fue el día en que Reinder botaba la primera goleta, cuyas velas habían sido tejidas con fibra vegetal y se iniciaba el principio de la navegación de altura.

La noticia del nacimiento de Goddy Binger fue acogida con alegre clamor. Todos dejaron su trabajo y acudieron a Godtown a contemplar al niño, junto al que estaba su padre sumamente orgulloso.

Goddy era el primer nativo de Tierra Nueva; para conmemorar el acontecimiento, Jacques dispuso una ofrenda al Altísimo y un acto de Acción de Gracias, más solemne que la ceremonia celebrada todos los domingos, en donde, arrodillados todos en lo que habría de ser templo de Godtown, cantaron el himno a la vida.

Al día siguiente, sin embargo, por desgracia fue inaugurado el cementerio de Godtown, al dar sepultura a Julie Dubuill, la cual no pudo ser atendida convenientemente por el desolado Ikido Yamura.

El día alegre y festivo se ensombreció con la trágica pérdida.

Jacques estuvo toda la noche junto a su moribunda esposa, y él recibió de

sus labios el último mensaje de amor:

—Salva a Goddy, Jacques... ¡Sálvalos a todos y confía en Dios!

Habría de ser un triste cortejo el que avanzó con el cuerpo de Julie en unas parihuelas, hasta el bosque de sicómoros donde varios hombres habían excavado el hoyo.

Nadie hablaba. Parecía como si la muerte les hubiese alcanzado a todos. No eran dioses, sino seres humanos trasplantados a un mundo nuevo, en el que debían partir de cero. No les faltaba entusiasmo, ni valor. Pero ahora se daban cuenta de que eran mortales.

Y no todos fueron al entierro. Hubo alguien que se quedó en la industria siderúrgica.

Quizás fue debido a la muerte de la hermosa y abnegada Julie, pero aquellos cuatro hombres sintieron necesidad de cometer un disparate. Y a uno se le ocurrió destilar alcohol para ingerirlo.

Todos habían trabajado antes en la mina de Edgewater. Fueron mineros supervivientes. Habían conocido a Troy Erskine y a Jean Kousalik. El alcohol lo había pedido Ikido Yamura, para desinfectar heridas.

Hirvieron, pues, en un improvisado alambique, varios kilogramos de un fruto, semejante a fresas, que crecía natural en los árboles, realizaron un proceso de destilación rudimentario, y probaron la infusión que causó efectos desastrosos en sus cerebros, enloquecidos.

Aquella noche, después de haberse arrojado uno de ellos en el homo siderúrgico, los otros empezaron a destruir los talleres, causando daños de consideración.

El oficial de máquinas Lester acudió a la mañana siguiente y se encontró a los tres individuos durmiendo pesadamente. Pero las muestras de vandalismo que observó le obligaron a informar al apesadumbrado Jacques.

* * *

—Soy culpable, jefe —declaró Ian Lockus.

—Yo también —añadió Jack Brand.

Jacques se pasó la mano por el rostro. Luego, con voz reposada y tranquila, lo que estaba muy lejos de expresar su auténtico estado de ánimo, dijo:

—Por vuestra culpa se mató Bob Flemmin. Cometisteis una locura al ingerir esa pócima maldita y ahora os dais cuenta de ello. Mi deber es castigaros. Me lo ha pedido el Consejo. Pero yo quiero ser justo. ¿Cuál es el castigo que vosotros mismos os aplicaríais?

Los tres acusados se miraron entre sí.

—Repararemos el daño que hemos causado, jefe —dijo Ngon Mayo.

—¿Y devolveréis la vida a Flemmin? —preguntó Jacques.

—Lo sentimos. Eso no es posible. Si es necesario, trabajaremos por él y supliremos su ausencia.

—No es suficiente, Ngon —contestó Jacques—. Pero mi justicia no debe

ser defectuosa. Habéis cometido un delito y tenéis que pagarlo. Los que se han perjudicado por vuestra locura han de ser recompensados. Además de reparar el daño material causado, viviréis separados de la comunidad durante dos años. Esto quiere decir que debéis trabajar en la industria por vosotros y por Flemmin durante toda vuestra vida, o mientras que tengáis fuerzas para ello. Pero, durante dos años, no tenéis derecho a mezclaros con nosotros. Viviréis alejados de nuestra sociedad, como si estuvieseis contagiados de una enfermedad maligna.

—Ésta es mi sentencia. Se os llevará la comida al refugio que elijáis, lejos de Godtown. Cúmplase como lo mando.

Los tres sentenciados inclinaron la cabeza y se alejaron, sin mirar a nadie. Cuando se hubieron ido, George Lewis se acercó a donde Jacques continuaba sentado, muy triste y dijo:

—Has sido muy benévolo con ellos, Jefe. Merecían un castigo más ejemplar.

—¿Qué hubieras hecho tú, George?

—Los habría castigado con mayor severidad.

—¿Cómo?

—Dándoles cien latigazos, por ejemplo.

—Dádmelos a mí —dijo Jacques seriamente.

—¿A ti? ¿Por qué?

—Porque no he sabido ser justo con ellos. Y si alguno de vosotros ha pensado en otro castigo, como la muerte en el encierro, dádmelo también a mí. Yo soy el responsable de todo.

—Tú no eres responsable de lo que han hecho esos hombres —contestó Georges Lewis.

—Soy responsable de todos vosotros... De ti, Lewis, de todo. Asumí esa responsabilidad con plena conciencia de mis actos. Sabía a lo que me exponía. Nadie puede actuar siempre a satisfacción de todos, porque no todos pensamos igual.

«Lo que hoy ha sucedido puede ocurrir mañana u otro día. Incluso se pueden atacar dos seres y matarse entre sí. Yo también seré el responsable, porque no he sabido impedirlo.

«Pero con golpes no arreglaremos nada. No quiero ser fatalista, sino realista. Ha ocurrido. Ya está hecho. Es inevitable. Reparemos lo que se pueda reparar, tanto en lo material como en lo espiritual, y sigamos viviendo. La cárcel no es un castigo, sino un aislamiento, para que el reo tome conciencia de sus actos reprobables. Esos hombres tomarán conciencia de sus actos y sabrán que he sido justo con ellos, porque les he dado la oportunidad de sentenciarse a sí mismos. Y estoy convencido de que la mejor justicia es la que cada uno se aplica a sí mismo.

«En estos principios de autojusticia hemos de fundamentar nuestra ley y cada uno se hará responsable de sus propios actos. Así, espero no se volverán a repetir los mismo delitos, por los mismos delincuentes.

George Lewis no pudo replicar nada. Fue Brenda Gilbert la que observó, desde su asiento, con voz suficiente alta para ser oída por Jacques.

—Me gustaría casarme con un hombre así.

Se disolvió la reunión y, cuando todos se retiraban, para volver a sus respectivos trabajos, Jacques se acercó a Brenda.

—¿Quieres ser la madre de Goddy?

Brenda se ruborizó. Era una de las pocas mujeres que no tenían esposo. Ella no había ocultado jamás la vida desordenada que llevó en Ciudad de El Cabo.

—¿Hablas en serio, Jacques?

—Susan y Ricky cuidan de Goddy. ¿Por qué no intentas cuidarle tú como si fuese tu hijo?

Brenda miró fijamente a Jacques.

—Yo... Pues... ¿Sería tu mujer?

—Primero, la madre de Goddy. Tú no puedes ser madre y por eso no te has casado. Yo he perdido a Julie. No encontraré a nadie como ella, te lo aseguro. Pero mi deber es buscarle a Goddy una madre.

—Estoy desconcertada, Jacques... ¡Desde luego, acepto!

—Gracias, Brenda. Eres muy buena.

—¿Y no temes que te critiquen? —preguntó ella, suspicaz.

—¿Qué pueden decir? ¿No eres una mujer? ¿No soy un hombre yo? ¿No necesito quien cuide de mi hijo? ¿No saben todos que tú no puedes tener hijos?

—He hecho el amor con muchos hombres —confesó Brenda.

—Ahora ya no tendrás que hacerlo. Seré tu marido.

A los ojos de la mujer asomaron lágrimas...

Capítulo IX

Era ya perfectamente visible, en toda la extensión de Godtown, la simetría de los edificios, los árboles, las calles, al otro lado de la Avenida del Mar, y, en el centro de aquella urbanización, el Templo, cuyas torres se alzaban al cielo.

Habían muerto bastante personas y nacido muchas más. La colonia continuaba, pues, creciendo bajo la jefatura de Jacques Binger.

Se construyó el edificio del Consejo, muy cerca del templo.

Aquel día se inauguraba, celebrándose en él la primera sesión y el Consejo, sin protocolo, como era habitual entre ellos.

Jacques Binger ocupó su asiento, detrás de la sencilla mesa de piedra, miró a los consejeros que tenía delante, cada uno ocupando su puesto.

—¿Qué tenemos hoy, consejero Bates?

Ricky Bates abrió la carpeta de asuntos del día y tomó su pluma, que mojó en el tintero.

—Una petición matrimonial de Suiki Hiwasa con Paul Rhandit.

Jacques arqueó las cejas y miró hacia la Consejera de Sanidad.

—¿Por qué no me lo habías dicho, Suiki?

—Estás siempre muy ocupado, Jefe. Además, no es una noticia muy importante. Me he cansado de vivir sola y Paul Rhandit es un hombre muy inteligente.

—Lo sé. ¿Estás enamorada de él, Suiki?

—Sí.

—Te deseo mucha felicidad, Suiki... Aceptada la petición, ¿Qué hay más?

—Un informe especial redactado por Angus Reinder, George Lewis y Albert Boocks, sobre economía.

Jacques tenía informes de aquel asunto, considerado como de la máxima importancia, después del debate anterior, acerca del uso de armas de casa, que fue rechazado plenamente.

También los demás consejeros se echaron hacia delante apoyándose en sus mesas de piedra pulida, prestando gran atención.

—El informe propugna la instauración de la moneda. Nuestro sistema comunitario adolece de defectos importantes. En realidad, el informe se base en la necesidad de retribuir el trabajo con dinero.

—¿En qué se fundamenta esa necesidad? —preguntó Jacques, muy serio.

—Un ejemplo concreto, Jefe, está en el uso de las prendas de ropa, que continuamente, está pidiendo tu esposa Brenda al almacén de vestuario, peticiones cada vez más exigentes. Tu esposa olvida, quizás, que ya no está en la cosmopolita Ciudad de El Cabo, hace seis años. Esto es Godtown, en Tierra Nueva, y nuestras limitaciones son muchas.

«Si Brenda Gilbert hubiese de pagar el calzado y las ropas que consume, posiblemente no visitaría tantas veces el almacén de vestuario.

—¿Cuántas veces ha ido Brenda a ver a Muir?

—Quince veces, en lo que va de año, Jefe —contestó Ricky Bates.

—¿Cuántas habéis ido tú y Susan?

—Sólo tres.

—¿Cuántas he ido yo? —insistió Jacques.

—Ninguna... ¡Pero no se trata de eso, precisamente! En realidad, nuestros sastres producen más de lo que se consume —se apresuró a rectificar Bates, acariciándose la barba, que empezaba a blanquear, por el paso del tiempo—. El informe especial expresa otros puntos muy dignos de tenerse en cuenta, como son la recompensa al estímulo. Se observa un mayor interés por el trabajo en unos individuos, mientras que otros han caído en la apatía. La remuneración es justa, Jefe.

—Si se instaura la moneda y se paga lo que no debe tener precio, caeremos más bajos de lo que estamos. Yo he pensado detenidamente en todo eso —habló Jacques, en tono solemne—. No necesitamos comprar todo lo que tenemos gratis. ¿Cuál es nuestra necesidad real? ¿Puede decírmelo alguien? Ya sé que os gusta adornaros los domingos, para ir mejor presentados al Templo. Vosotros mismos fabricáis esos adornos. Sé que las mujeres se los cambian constantemente y quien pasa las noches sin dormir haciéndose abalorios para lucirlos luego... ¡Y hasta sé quién ha cambiado prendas de vestir por objetos de adorno!

—Lo debes saber muy bien —intervino George Lewis, poniéndose en pie, detrás de su mesa—, porque tu mujer fue la primera en hacerlo.

—Sí, lo sé. Y le reñí. Pero ella es así. Es muy frívola. Siempre ha sido así, pero también es una buena madre para Goddy. Nuestro deber es disculpar los defectos de los demás, si son livianos.

—Hay más en el informe, Jefe —prosiguió Lewis en tono incisivo—. Se habla ahí de privilegios especiales para ciertos grupos de trabajadores, que han dado en llamar peligroso su trabajo, como los mineros. ¿Por qué han de trabajar la mitad del tiempo que los agricultores o los industriales? De existir una moneda remuneradora, podría pagárseles más.

—La peligrosidad del trabajo de los mineros nos fue explicada por el doctor Yamura. Y fue aceptada.

—Debido a la sequía del año pasado, la agricultura hubo de esforzarse para acarrear agua. Aquellos hombres y mujeres trabajaron duramente. Y se quejan de que no han recibido ningún premio.

—El premio es la gratitud de todos nosotros —respondió Jacques—. Además, se les ayudó en su tarea. No tienen derecho a quejarse. De todos es bien sabido que los mejores frutos se los reservan para sí.

John Swanton, consejero de agricultura, se levantó y declaró:

—Aquí la tierra no es de quien la trabaja, pero el fruto que se ve madurar, que se cuida con mimo durante meses y que ha de ser repartido entre todos, bien merece ese insignificante privilegio el agricultor que lo cultiva.

—No me opongo, Swanton, aunque sea un principio de injusticia —fue la respuesta de Jacques Binger—. Todo eso son razones de poco peso. También

los constructores de viviendas tienen derecho a edificar mejores instalaciones para ellos, y no lo hacen.

—¡Lo ideal sería un sistema económico distributivo, un salario en proporción a lo que se trabaja, y quien quisiera tener más caprichos que los pagara con el dinero que le ha costado su esfuerzo! —exclamo George Lewis.

—Eso sería lo justo, Lewis —replico Jacques—. Pero no será así. Estáis copiando el sistema que terminó con el «Gran Desastre». Si empezamos a volver al pasado, éste nos dominará y terminaremos por ser engullidos por los vicios y defectos de entonces.

«Estamos en un mundo nuevo, creado por nosotros. Tenemos la suficiente experiencia para comprender lo que nos conviene y lo que no nos conviene. Y yo sé que el dinero será una complicación más.

—Es que la igualdad es imposible entre los seres humanos.

—De acuerdo, George Lewis. Tú y yo no somos iguales. Tú repudiaste a la mujer que yo acepté, y ahora la miras con deseo. Hay, pues, maldad en tus pensamientos y estás faltando a tu juramento.

—¡Eso que dices es incierto!

—Quisiera equivocarme, Lewis. Pero estoy seguro que no. En cuanto a que los caprichos se los pague cada uno con el dinero que cuesta el esfuerzo, puedo decirte algo que no debéis olvidar.

«El dinero creará comercio. El comerciante, por honrado que sea, estará tentado a perseguir mayores ganancias, lógicamente sin esfuerzo, y se despertará la ambición y la codicia. Eso ocurrió y eso puede ocurrir.

«Nosotros fabricamos ahora monedas de plata y pagamos el trabajo con dinero. Todos trabajamos, todos obtenemos lo mismo. Y, sin embargo, no habrá pasado mucho tiempo sin que unos tengan más dinero que otros.

—El ahorro es una virtud.

—Dentro de un sistema económico justo, podría ser. Pero nosotros hemos de evitar la injusticia. A este respecto, me permito recordaros el debate sostenido aquí, antes de que este edificio estuviese terminado, cuando Hendreix, Lester y Reinder propusieron la creación de armas para la caza.

«Los ciervos huyen al vernos y cada día se hace más difícil obtener una captura. Es lógico. Esos animales han aprendido a temernos y huyen. Las armas les harían huir más lejos que las flechas sin punta o las piedras. Pero en nuestras manos tendríamos un instrumento que serviría para causamos daño.

«Pues bien, creo que el dinero nos hará más daño que un rifle. Y me opongo a la creación del dinero.

* * *

Jacques llegó a su mansión. Ninguna casa en Godtown tenía puertas, porque nada era preciso ocultar a nadie, y el techo de uno era el techo de todos.

No se inmutó al ver a Brenda Gilbert besándose con un joven agricultor.

Jacques llevaba seis años casado con Brenda.

—Perdón —dijo, al entrar.

La mujer infiel y el hombre se pusieron rápidamente en pie.

—¡Oh, Jacques; no te esperaba tan...!

—Puedes retirarte, Gulk. Sé que hace algún tiempo que te ves con Brenda.

—¡Perdón, Jefe Binger! —exclamó Gulk, postrándose de rodillas y abatiendo la cabeza.

—¿Perdón, Gulk? ¿Por qué? No esperaba de ti esas palabras, sino de Brenda. Es ella la que te ha tentado. Tú eres hombre y nos has podido resistir la tentación. Además, no veo daño o maldad en que una mujer como Brenda desee a un individuo como tú.

Brenda no había despegado los labios y se mantenía erguida, desafiante, incluso.

—Vete, Gulk. No te haré ningún reproche.

—Gracias, Jefe Binger.

El agricultor salió rápidamente y Jacques se encaró con Brenda.

—Sé que no puedes cambiar, querida. ¿Y Goddy?

—Está jugando con sus amigos... ¿Sabes que lo he hecho intencionadamente? He retenido aquí a Gulk, cuando vino a traerme la fruta, para esperar tu regreso. Sabía que el Consejo terminaría pronto. Al oír tus pasos he pedido a Gulk que me besara.

—¿Querías ver mi reacción, Brenda?

—¡Sí! —chilló ella, desafiante— ¡Quería ver en ti al hombre enojado y no al místico todavía enamorado de la madre de Goddy! ¡Yo me casé contigo porque te creí un hombre, y no eres más que un pelele con ideas de santo!

—No olvidaré jamás a Julie. Fue mi primera mujer y la única. Lo siento, Brenda. Jamás te he mentido. Quería una madre para Goddy y no puedo quejarme de eso.

—¡Pero yo necesitaba un esposo!

—Te equivocaste conmigo. He entregado mi vida a crear una nación, una sociedad regida por principios equitativos, para que nuestros descendientes puedan volver algún día a la Tierra y ser distintos a como éramos nosotros.

«Somos un intermedio entre el pasado y el futuro. Nos ha tocado la peor parte en la historia, Brenda. Lo más ingrato y difícil. Pero Dios no me abandona, y aunque siembra mi camino de obstáculos y sinsabores, para probarme, no puedo renunciar.

—¡Eres muy altivo, lo sacrificas todo a tu propio egoísmo! Tú no buscas más que la inmortalidad. Yo te conozco mejor que todos esos estúpidos que te acatan y obedecen.

—Busco la inmortalidad de nuestro pueblo. Brenda. Según nuestros principios fundamentales, podría hacerte castigar por tu pecado. Eres una pecadora, una mujer vulgar. Yo lo he sabido siempre y por eso jamás me has engañado. De todas las mujeres que viven aquí, la única que podías crear problemas eres tú. Esa fue una de las razones por las que te elegí para esposa. A mi lado no era fácil que engañases a nadie e hicieras desgraciado a un

hombre.

—¡Infame, miserable, cobarde! —mascculló Brenda, rabiosamente. —¡No eres más que un pelele despreciable! ¿Es que no te has dado cuenta de lo mucho que me has hecho sufrir?

—No es mía la culpa. Jamás te engañé. Mi amor murió al nacer Goddy. Me casé contigo, no para tener más hijos y sentirme cada vez más imposibilitado de ejercer mi función pública, porque tú no puedes tener hijos y así daba oportunidad a otra familia para desarrollarse, sino porque mi hijo necesitaba una madre.

«Y a ese respecto no tengo queja de ti. Goddy te quiere casi tanto como a mí. Si no hubieses cumplido ese pacto, te habría hecho desterrar como a Daika Yakimo.

Brenda no parecía ni siquiera respirar. Había agotado ya todos los argumentos. En su fuero interno, adoraba a Jacques. Sabía que era un santo, un privilegiado. Pero ella hubiese querido, aunque sólo fuese por una vez, que la hubiese hecho sentirse mujer, ¡que olvidase de una vez a Julie Dubuill!

—La gente murmura de ti. Me han llegado muchas quejas, Brenda. Pero es que la gente no te conoce como te conozco yo.

—¿Dónde aprendiste tanto, Jacques? —preguntó Brenda, en voz baja.

—Metido en un agujero de la selva, sintiendo que la muerte se acercaba a cada instante a mí. Las noches son siglos enteros allí y el corazón late despacio, para no ser oído.

«Muchos no volvieron del Amazonas y sus cuerpos fueron desintegrados allí por las armas enemigas. Los pocos que volvimos de aquel infierno sabemos muy bien lo que es el sufrimiento más intenso.

«Por eso no deseo a nuestros descendientes una historia como la nuestra. Por ese motivo lucho contra todo lo que pueda llevarnos a una guerra, al odio o siquiera a la injusticia.

«No me importa que se haga difícil la caza de ciervos y aves. No permitiré jamás que se fabriquen armas. No permitiré que se fabrique el dinero... ¡Cómo no permitiré que se ofenda a Dios!

—Yo lo he hecho, Jacques.

—Lo has hecho por amor hacia mí. Lo sé. No sentías ninguna necesidad de nadie, si yo te hubiese tomado como esposa auténtica. Pero tú sabes muy bien que yo no podía hacerlo.

—¡Por el amor de Dios, Jacques, esposo mío, inténtalo, al menos!

—No puedo.

La expresión de Brenda se crispó fieramente.

—¡Me obligarás a cometer la última locura! ¡He intentado desprestigiarte como jefe, para convertirte en un ser normal! ¡He intentado despertar en ti sentimientos que no tienes! ¡Y ya no puedo más, Jacques! ¡No puedo seguir luchando para conseguir tu amor! —diciendo esto, Brenda se había arrodillado ante su marido y se abrazó a sus rodillas — ¡Quiéreme por lo mucho que he querido a tu hijo! ¡Ni siquiera Julie, en el otro mundo, te lo

reprocharía!

* * *

La más dura prueba por la que hubo de pasar Jacques Binger tuvo lugar aquel mismo día, al regresar de las fábricas, donde fue probado el primer vehículo volador, cuyo resultado fue bastante aceptable.

En su casa encontró a Susan Hope aguardándole. Su expresión era extraña. .

—Brenda está en el hospital, Jacques. La hemos llevado allí en estado muy crítico. Ha intentado...

Jacques dio media vuelta y salió corriendo.

Voló sobre las calles empedradas, como un loco, hacia la arboleda que rodeaba el magnífico edificio creado por el doctor Ikido Yamura. La gente, desde las puertas de sus viviendas, al verlo correr, inclinaban tristemente la cabeza. Todos sabían lo ocurrido y nadie había querido decirle nada.

Mucha gente creía conocer la razón de su vida. Era el hombre público más importante de la Ciudad de Dios, en Tierra Nueva.

En el hospital, una enfermera le acompañó hasta la sala donde se encontraban Suiki Hiwasa y el doctor Yamura, junto al lecho en que yacía la patética figura de Brenda Gilbert, a cuya cabecera se hallaba, asiéndole la mano, el hijo de Jacques, Goddy Binger, de seis años.

El niño miró a su padre. Éste creyó captar el rencor en aquellos grandes ojos inocentes, como si con la mirada estuviese acusando al hombre de homicidio.

Ikido Yamura se volvió y abatió la cabeza. Con esto quería indicar que Brenda Gilbert estaba en las últimas.

Pero la paciente aún vivía. Y su rostro se animó un tanto al ver a Jacques. Luego, balbuceó:

—Jacques... ¡perdóname!

El aludido se acercó a la moribunda por el lado opuesto al que estaba su hijo. Brenda volvió el rostro para mirarle, y sonrió.

—¿Qué has hecho? —preguntó él.

—Lo siento... Ya no tiene remedio... Pronto vas a ser libre otra vez, Jacques. Ahora podrás dedicarte por entero a la salvación de tu pueblo... ¡Eres el Moisés que llevarás a los hijos de Dios a su mundo do origen y nadie puede obstaculizar tu sagrada labor!

—No sabes lo que dices, Brenda... ¿Es que no podéis hacer nada por ella? —gritó Jacques, volviéndose hacia Suiki y Yamura.

Ninguno respondió.

Jacques se abrazó entonces a Brenda.

—Perdóname, Brenda. Yo no quería causarte ningún daño.

—¡Tú la has matado, padre! —habló el pequeño Goddy, que soltó la mano de Brenda y retrocedió unos pasos—. ¡Tú la has obligado a esto!

—¡No Goddy; no debes acusarme de eso! —gritó Jacques—. Eres muy

joven y no lo comprendes.

—¡Mamá se ha abierto el vientre por tu culpa!

Jacques se estremeció como si hubiese recibido una violenta bofetada.

—No, Goddy. Yo era... un estorbo para él...

—¡Todos somos un estorbo para él! ¡Incluso yo! —gritó el pequeño, dando media vuelta y saliendo de la estancia a la carrera.

Suiki Hiwasa fue tras él, mientras el doctor Yamura decía:

—Jacques, se está muriendo... No hemos podido hacer nada.

Fue la primera vez que Jacques abrazó a Brenda Gilbert. Se inclinó sobre ella y sus lágrimas regaron el rostro ceniciento de la moribunda.

—Perdóname, Brenda... ¡Perdóname todo el daño que te he causado involuntariamente!

—Sí, Jacques... Estás perdonado... Salva a tu pueblo... Tú eres su Guía... ¡Yo sé que volverán a su mundo con tu ayuda!

EPÍLOGO

El viejo Jacques Binger estaba emocionado. Su visitante era Talkwe, el «uro». El día era importante por doble motivo. Acababa de ver la imagen de la Tierra, retransmitida por las cámaras de televisión de la astronave «París», acercándose al planeta que ellos habían abandonado treinta años atrás.

Y al mando de la astronave «París» iba un hombre que llevaba su misma sangre.

—El tribunal Supremo de Ur te envía sus saludos y felicitaciones, Jefe Binger —habló Talkwe, valiéndose del altoparlante conectado su control de comunicación exterior.

—Gracias, emisario Talkwe —respondió Jacques, cuya blanca cabeza parecía compuesta de copos de nieve—. Sabía que vendríais a vernos en esta circunstancia.

—Sí. Hemos seguido vuestro desarrollo con curiosidad e interés. Jamás creímos que los terrestres fuesen capaces de hacer lo que habéis hecho aquí sin más recurso que vuestras manos.

—Y nuestra inteligencia —añadió Jacques, mirando a su alrededor, a las complicados aparatos de control a distancia, computadoras electrónicas y extraordinarios «robots», productos de la más moderna informática—. Godtown es tres veces más grande que cuando la fundamos. Dentro de unas horas habrá nacido nuestro bebé un millón y, hoy mi hijo Goddy pisará la Tierra por vez primera.

—Aquel viejo planeta vuelve a ser habitable, Jefe Binger —informó Talkwe.

—Lo sabemos. Nuestras radiosondas nos lo han comunicado. También hemos visto vuestro mundo, Emisario Talkwe, y estoy por decirte que no os envidiamos en nada. Hemos superado el atraso en que estábamos, gracias al esfuerzo de nuestros técnicos, y científicos semejante o superior al que teníamos en la Tierra antes del «Gran Desastre».

—Permíteme rectificarte. Jefe Binger —replicó el emisario «uro», con dignidad—. Sabemos que estáis muy por encima de los hombres del año 2.211. Espiritualmente, habéis dado un enorme salto hacia el futuro. Por eso hemos venido a entablar relaciones diplomáticas. El Tribunal Supremo de Ur se sentirá muy satisfecho en colaborar cultural y técnicamente con vosotros.

—Supongo que un Tribunal Supremo tan sabio como el vuestro habrá estudiado detenidamente la propuesta, los pros y contras de esta decisión, antes de inclinarse hacia un veredicto.

—En efecto. Ha sido estudiado con mucha atención. En especial, nuestro Jefe Inkhon siente una profunda admiración por ti, Jefe Binger. Has seguido nuestro sistema y tu mérito es mucho mayor que el nuestro, porque los principios hereditarios de tu raza estaban muy arraigados en vosotros.

»Era preciso la energía, la abnegación y la entereza de un individuo como tú para realizar esta titánica labor.

»¡Titánica labor! —repitió Jacques mentalmente—. Sí, puede que haya sido titánica. Eso sólo yo puedo decirlo».

La mente del Jefe retrocedió en el tiempo, evocando los días en que aquel mismo hombre que ahora le visitaba, con el mismo atuendo de entonces, plateado y cubierto de pies a cabeza, les dejó allí, en aquel planeta virgen, sólo poblado por animales, peces y aves.

Habían pasado ya treinta años. Toda una vida para Jacques Binger, que ya había cumplido los sesenta.

Aquellos treinta años de lucha y esfuerzo sobrehumano eran ya parte de la historia del hombre en Tierra Nueva. Treinta años que estaban escritos en todas partes del mundo que les acogió sin nada y que ellos transformaron con una ciencia y una técnica que no habían olvidado y que pugnaron por superar.

Mas no había sido sólo esto. Jacques Binger lo sabía muy bien... Él hubo de ser duro. Recordó la muerte de George Lewis, sentenciado a tomar un veneno mortal. La sublevación de Lewis había fracasado cuando Jacques, a pecho descubierto, avanzó hacia los jóvenes rebeldes que capitaneaba el antiguo diplomático terrestre.

«—¡Disparad vuestras flechas sobre mí y matadme! —les había gritado mostrándoles el pecho desnudo— ¡Matadme si lo merezco! Si no lo hacéis, oídme, al menos... Entre vosotros está mi propio hijo. George Lewis ha sabido alentar en su corazón el rencor y el odio. Todos os creéis engañados por mi justicia, y os juro ante Dios que no es cierto. Sólo he actuado en vuestro beneficio, ¡jamás en el mío propio!».

Jacques Binger creyó que iba a morir en aquella ocasión, como otros obreros habían muerto en la fábrica donde se construía la astronave «París» y donde se inició la sublevación entre los jóvenes técnicos.

En Godtown, mucha gente no durmió aquella noche. La conciencia se despertaba en todos. La voz del Jefe Binger no pudo ser más impresionante y patética, cuando expuso las razones que había tenido para ordenar el destierro de Ricky Bates, quien se había arrojado desde lo alto del Pico Julie.

—Fue una labor titánica, Emisario Talkwe —habló Jacques, dominado por la nostalgia de los recuerdos—. Y siempre luché por mantener unido a mi pueblo.

—Lo has conseguido plenamente, Jefe Binger.

—Sí. Ahora trabajan con esperanza. Los viejos nos vamos retirando y los jóvenes nos relevan. Estamos a punto de volver a la Tierra. Pero yo no volveré, ni los que de allí salieron en tu nave. Ése es designio de Dios.

»Sólo vuelven los puros de conciencia, los que no han conocido la triste historia de aquel desventurado mundo, al que el Supremo Hacedor hubo de destruir en su divina ira.

»Lewis, Bates, Hendrix, Reinder y otros querían volver. Para eso se construyó la astronave «París». Querían pisar de nuevo la tierra de la que fueron expulsados por la espada flamígera del ángel. Y la Tierra, bien lo sabéis vosotros, habría sido otra vez lo que fue.

—Es cierto, Jefe Binger. Era preciso destruirla totalmente y luego repoblarla por la generación creada por ti. Por eso digo que ha sido una labor titánica de la que debes sentirte orgulloso.

—Sí, Emisario Talkwe. Estoy muy orgulloso. No sé si el cansancio me hace vislumbrar necedades o si la realidad es que mi Julie murió para interceder por mí en el otro mundo. Jamás lo sabré en vida. Pero estoy seguro de que ella, Brenda y muchos otros, me han ayudado desde el Más Allá.

»Ahora que mi labor está a punto de finalizar, doy gracias al Cielo porque no me ha dejado desfallecer. A la Tierra tenían que volver sólo los justos. Y allí van ahora. Dentro de poco pisarán el suelo de sus abuelos y empezarán a reconstruir para que vuelva aquello a ser lo que fue, pero con un ideal distinto y una conciencia nueva.

—Sublime propósito, Jefe Binger —contestó Talkwe—. Ya quisiéramos muchos de nosotros, que nos consideramos civilizados, haber cumplido una misión tan merecedora como la tuya.

—Y yo quisiera no haber tenido que gobernar y cambiar a un pueblo tan rebelde como el mío. Ahora, sin embargo, me siento satisfecho.

Una luz azul parpadeó sobre la mesa de trabajo de Jacques, quien presionó un botón, preguntando:

—¿Qué hay, Rick?

—Jefe, mi madre quiere verte.

—Sí, Rick. Hazla pasar inmediatamente.

Talkwe y Jacques se levantaron, volviéndose hacia la puerta que, silenciosamente de descorrió en singular triángulo, para dar paso a una anciana que se apoyaba en un bastón.

Jacques salió a su encuentro, la besó en las mejillas y luego la condujo ante un cómodo asiento, frente a la gran pantalla de control distante, a la vez que decía:

—¿Recuerdas a Talkwe, Susan Hopo?

—Sí, Jacques... Claro que le recuerdo. ¿Es costumbre entre los «uros» darse la mano, antiguo amigo?

—Nosotros adoptaremos vuestras buenas costumbres, Susan Hope —contestó el emisario gentilmente.

—¿Todavía sois tan feos, Talkwe?

—Siempre hemos sido iguales, noble Susan Hope —contestó Talkwe.

—Perdona, no quería ofenderte. He venido aquí a presenciar el gran acontecimiento.

—¡Pero si faltan todavía seis horas, Susan! —exclamó Jacques.

—No importa. Sé que dejarás entrar en tu despacho a todos tus viejos amigos y yo quiero un sitio privilegiado... ¡He sido tu mejor amiga, Jacques!

—Sí, Susan. Es cierto —confesó Jacques, poniendo su mano, arrugada ya, sobre los hombros de aquella fiel y abnegada compañera—. Nadie faltará a esta cita.

—¡Oh sí, Jacques! —exclamó la anciana—. Van a faltar muchos... Los

que ya no están entre nosotros.

—Sé que estarán aquí... O estarán allí, sosteniendo la nave en el aterrizaje. Estén donde estén, no se perderán este momento. Ellos saben que hemos tenido éxito.

—Sí, Jacques. Gracias a ti. ¿Cómo será nuestro mundo dentro de algunos años?

—¿Cómo es ahora Tierra Nueva, Susan? ¡Pues así será la Vieja Madre de la humanidad doliente! ¡Hemos sufrido, pero nos queda el orgullo del deber cumplido!

Un ser extraño y diferente, como era Talkwe, sintió henchírsele el corazón «uro» que latía en su pecho, con el goce supremo de la emoción más intensa.

Él había comprendido perfectamente a los seres de la Tierra. Él los conocía muy bien, porque los sacó de su mundo y los transportó a otro, creyendo que se extinguirían como habían vivido.

No fue así. Y se alegró intensamente. Por esto pidió ser el primer emisario en Tierra Nueva, cuando su Tribunal Supremo decidió establecer relaciones amistosas con seres nuevos y redimidos.

* * *

La blanca supernave, en cuyo fuselaje figuraba el nombre de la ciudad materna del Jefe Binger, «París», escrito en letras de oro, se posó lentamente sobre las cenizas de un suelo purificado ya por el fuego solar.

Dentro, los mil tripulantes, cada uno ante su puesto de servicio, actuaron de acuerdo con lo establecido en el «Plan de Retorno», sin omitir ni un solo movimiento, automáticamente, como mi ejército bien disciplinado.

Eran hombres y mujeres que vestían uniforme blanco, con el escudo de Dios en el pecho, individuos que no tenían más de treinta años. El más viejo de todos tenía esa edad exactamente: treinta años. Y era hijo del Jefe Binger.

Goddy Binger, tranquilo, consciente de su deber, sereno y al mismo tiempo emocionado, estaba sentado ante la pantalla telescópica, contemplando el terreno liso y verde, donde la astronave estaba posándose.

—Control remoto circular e interior, Bill —Goddy habló, con voz impersonal.

—Conectado, señor.

—Preparados para desconectar máquinas.

—Preparados, señor —contestó una voz a través de los altoparlantes de comunicación interior.

—Cámara de control remoto... Conexión.

—Conectada, señor.

Goddy se volvió sobre su asiento giratorio. Detrás de él había una hermosa joven, de ajustado mono blanco, corta cabellera dorada y ojos grandes y azules.

—Ponme con mi padre, Sidvy.

La joven presionó un interruptor que tenía sobre el tablero de control, y en

una pantalla auxiliar apareció el grupo de ancianos que estaban sentados ante la pantalla de control remoto, en el despacho de Jacques Binger, allá en Tierra Nueva, a ocho millones de años luz de distancia.

—Padre —dijo Goddy, sonriendo—, hemos vuelto a vuestra Tierra.

—A la vuestra, hijo —contestó Jacques—. Ésa es vuestra tierra. La nuestra está aquí. Cuando salgas, bésala, porque ahora está bendita, hijo mío. Y reverencia a tu madre, que debe estar cerca, velando por ti.

Goddy vio también la figura del emisario Talkwe.

—¿Quién es ése que cubre su rostro y viste atuendo plateado?

—Soy el Emisario Talkwe, de Ur. Nuestro Tribunal Supremo me ha enviado a establecer relaciones con vosotros.

—Es un alto honor que no merecemos, Emisario Talkwe —replicó el joven jefe—. Transmite a tus hermanos nuestros saludos y comunícales el testimonio de nuestro afecto.

—Gracias, Jefe Goddy. No esperaba menos de ti. Para mí, es un honor inmenso presenciar directamente el regreso a vuestro mundo natural.

—Ahora vamos a salir al exterior. Perdonadme. Debo ultimar los detalles del momento supremo.

—Cumple con tu deber, Goddy —musitó Jacques, con voz emocionada.

Goddy se volvió de nuevo en su asiento, consciente del supremo instante en que vivía. Sin embargo sonó sin nervios:

—Laboratorio, información exterior.

—Presión normal... Temperatura, dieciocho grados... Viento suave del primer cuadrante.

—Análisis atmosférico.

—Positivo, señor. No hay radiación.

—Perfecto... Compuerta número uno, ¡preparado!

Goddy se puso en pie y se volvió a su segundo oficial.

—¿Vamos, Sidvy?

La joven se levantó también y saludó militarmente.

—Vamos, señor.

Se situaron ante la rampa móvil que salía del puente, llegando a la antecámara de acceso, donde había formado un pelotón de soldados, mixto, armado con fusiles paralizantes.

—¡Abran! —ordenó Goddy, avanzando hacia la gran compuerta metálica.

Las dos hojas de acero se despegaron y el aire exterior, suave y fresco, penetró en la antecámara, agitando ligeramente el cabello de Goddy.

La rampa exterior bajaba al mismo tiempo hasta posarse sobre la hierba verde del suelo.

Goddy descendió lentamente por la rampa, seguido a pocos pasos de la joven Sidvy y del pelotón de escolta.

Al pisar el suelo, el hijo de Jacques Binger se arrodilló y, apoyándose con ambas manos en tierra, besó la hierba, para luego alzar los ojos al cielo azul y exclamar:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, madre! ¡Gracias! ¡Gracias, amigos míos, hermanos todos! ¡Gracias por este momento tan sublime!

* * *

Era tal la emoción de todos los ancianos reunidos en el descacho ultramoderno de Jacques Binger, que nadie se fijó en el emocionado Jefe, y menos se dieron cuenta de su ausencia silenciosa.

Jacques Binger abandonó su despacho con lágrimas en los ojos. Descendió la amplia escalera, siendo saludado respetuosamente por la guardia de palacio —simple guardia de honor y respeto al Jefe—, hasta salir al patio principal, donde se le aproximó un modernísimo automóvil blanco.

El chófer le abrió la portezuela y se inclinó:

—¿A casa, señor?

—No, Ian. Quiero Ir al cementerio.

—Sí, señor.

El vehículo se puso en marcha, silenciosamente, deslizándose sobre su colchón antigravitacional, a escasos centímetros del pavimento metálico, para salir del patio y enfilar la avenida de Julie Dubuill, hasta llegar a la plaza del Templo de Dios, donde confluían todas las arterias de la extensa ciudad-jardín.

Desde allí, Ian llevó a su señor en unos minutos hasta el bien cuidado cementerio, sito a seis millas de la ciudad.

—Vuelve al palacio, Ian. Estaré con Julie y Brenda un rato. Venme a buscar a las seis.

—Sí, señor —contestó el chófer.

Al quedar solo, Jacques caminó sobre el cuidado césped, bajo los sicómoros y entre las losas de piedra blanca, donde se podían leer nombres conocidos como John Swanton, Ikido Yamura, Henryk Lakvirst, Suiki Hiwasa, Jack Brand, Reinder... ¡Y hasta George Lewis!

Ante esta última losa, Jacques se detuvo murmurando:

—Lo hemos legrado, George. ¿Lo sabes? Han vuelto allí para quedarse y fundar de nuevo nuestra civilización perdida. Pero no será como antes, gracias a todos y en especial a ti. Yo no te he odiado nunca, George. Al contrario, has sido el que más he querido. ¿Te extraña, eh? ¡Bah, tú siempre fuiste un cabezota obstinado! Ahí te quedas. Pronto te haré compañía. Voy a ver a Julie y a Brenda.

Jacques siguió caminando hasta llegar ante dos tumbas, muy juntas, bajo un frondoso sicómoro de Nueva Tierra.

Allí había un banco de piedra. Jacques se sentó y luego miró a la losa que cubría la tumba de Julie Dubuill.

—Julie; tu hijo ha vuelto a París. Ya no encontrará el supermercado donde nos conocimos, ¡pero puede que halle la casita, en la Gironde, donde nos amamos por vez primera!

»¡Qué lejos está todo ya, Julie!

Jacques se pasó el dorso de la mano por los ojos húmedos y llenos de tristeza. Los recuerdos de su mente eran muchos.

Miró a la tumba de Brenda Gilbert y musitó:

—Tú también amaste a este pobre viejo insensible, Brenda. Le amaste demasiado y ahora vuelvo a ti, a vosotras, para que me perdonéis una vez más. Tenía que cumplir mi juramento y verlo con estos cansados ojos... Goddy te quería mucho, Brenda. ¿No te bastaba eso? Recibiste más de lo que fuiste capaz de dar. Pero la muerte nos iguala a todos. Yo sé que, a pesar de lo que hiciste, estás entre los justos, porque el Señor está contento y nos ha perdonado a todos. Además, no es malo ni rencoroso. Su ira es momentánea, como la nuestra. Pero se le pasa. Él nos quiere y lo ha demostrado. ¿Verdad, Brenda?

De pronto, Jacques sintió como un ligero aturdimiento y se puso en pie, llevándose la mano al corazón.

— ¿Qué me...?

No pudo terminar la frase. Se tambaleó bruscamente y se desplomó sobre el césped, quedando muerto en el acto.

Cuando, a las seis de la tarde, regresó Ian, su chófer, lo encontró entre las dos losas de piedra, con ambas manos extendidas, como si hubiesen salido las dos mujeres que tanto le amaron y quisieran disputárselo.

¡Y, desde luego, alguien debió de colocar a Jacques Binger en aquella insólita postura, entre las dos tumbas, puesto que él había caído al pie del banco de piedra!

Allí mismo se le erigió un mausoleo de mármol traído de todos los lugares de la Tierra. Las naves espaciales de los «uros» sirvieron para rendir aquel último tributo al Gran Jefe Binger, el «Elegido», como rezaría durante siglos y siglos, incluso cuando la lengua se perdió y los seres humanos se entendían por transmisión del pensamiento, en la piedra blanca dedicada al más grande benefactor de la humanidad.

Jacques Binger lo sacrificó todo por su raza. Sin él, escribiría la Historia después, los terrestres se habrían extinguido, matándose entre sí y no dejando detrás más que una leyenda sangrienta.

Pero la humanidad siempre encuentra al hombre, en el momento oportuno, que la lleve por el camino de la verdad y la justicia. Y no importa lo que ocurra jamás. El hombre fue hecho por Dios, y sólo Él podrá destruirle.

Mientras haya hombres como Jacques Binger, la humanidad podrá considerarse a salvo.

FIN